Domingo J. Navarro

Recuerdos de un noventón

ediciones

el museo canario

Recuerdos de un noventón

Arcón Canario.
Colección dirigida por Pedro Schlueter Caballero.

N.º 1 Crónica de la conquista de la isla de Gran Canaria. (Crónica lacunense).

N.º 2 Agustín Millares Torres: Benartemi o El último de los canarios.

N.º 3 Domingo José Navarro: Recuerdos de un noventón.

Pedidos: Dr. Juan de Padilla, 17
Las Palmas de Gran Canaria

Ediciones
EL MUSEO CANARIO

RECUERDOS DE UN NOVENTON

(Memorias de lo que fue la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria a principios de siglo y de los usos y costumbres de sus habitantes)

DE DOMINGO JOSE NAVARRO

COMENTARIO INICIAL DE
JOSE MIGUEL ALZOLA

LAS PALMAS
1977

EL MUSEO CANARIO
INCORPORADO AL C.S.I.C.
Doctor Chil,25
Las Palmas de Gran Canaria

© EL MUSEO CANARIO (Tercera edición), 1977.

Imprenta Pérez Galdós
Buenos Aires, 38
Dep. Legal G.C. 519 - 1977
I.S.B.N. 84-00-03655-7
Las Palmas

INDICE

Comentario inicial 9

Recuerdos de un noventón

Introducción 13

I 15

II 17

III 19

Mi chifladura 29

¿Por qué el puerto de Las Isletas perdió su nombre? 31

Los poseedores de "cosas" 35

Sigue la zambra 37

Una expedición a la fiesta de la Virgen del Pino ... 39

Escena familiar. Las de A., el pae Vicente y su amigo Julián 43

Los bautizos 47

Un banquete y un entierro. El compadre Molina ... 51

Indumentaria 55

Instrucción pública 59

Las folías 65

Fiestas y regocijos 69

Costumbres médicas 73

Mal de ojos, maleficios, sortilegios y brujerías 77

Hábitos religiosos 81

Recortes y desperdicios 85

Prisioneros franceses. El Duque del Parque 89

Las plagas del faraón 93

Bosquejo de brocha gorda 97

El lego y la pata del mulo 101

De 1.814 a 1.823 105

Primeros iniciadores de mejoras 109

El Gabinete Literario 113

Conclusión 119

Nota de la presente edición.

Las palabras y frases típicamente canarias aparecen con caracteres distintos al resto del texto.

COMENTARIO INICIAL

Por dos motivos se ha elegido la obra *Recuerdos de un noventón,* de don Domingo José Navarro, para que figure en el repertorio de títulos de la colección *Arcón Canario.* El primero es por la obra en sí, por sus valores intrínsecos, por lo que significa en la literatura costumbrista canaria de la que fue, sin duda, pionera. La otra razón es de carácter afectivo: hace patente el recuerdo de *El Museo Canario* a su primer presidente y cofundador de la Casa con el doctor don Gregorio Chil y Naranjo.

Don Domingo José Navarro y Pastrana (1803-1896) fue uno de los personajes más relevantes de aquella pequeña ciudad que era Las Palmas en la pasada centuria. Establecido definitivamente en ella después de haberse doctorado en Medicina por la Universidad de Barcelona, tuvo la dolorosa experiencia de tener que luchar contra la epidemia de cólera que asoló la isla de Gran Canaria en 1851, causando más de cinco mil quinientas víctimas, entre las que se encontraron algunos de los cinco médicos que entonces ejercían la profesión en la ciudad.

Figuró entre los fundadores del Gabinete Literario y Colegio de San Agustín y militó en todas las empresas que tuvieron por meta el resurgimiento de Canarias y el progreso material e intelectual de la ciudad de Las Palmas.

La obra de Navarro y Pastrana, que hoy alcanza su tercera edición, constituye un documento va-

liosísimo que nos revela el vivir de cada día, con las frustraciones y anhelos de aquellos vecinos de Las Palmas que lucharon, con sus menguados medios, por superar el cerco de incomprensiones que les asfixiaba; unas, de procedencia remota: la indiferencia y el olvido de la Administración Central y, otras, más próximas: las apetencias desmedidas de la entonces capital del archipiélago.

Él tuvo la satisfacción grande de comprobar, gracias a su longevidad infrecuente, cómo no resultaron vanos los desvelos de aquel grupo de prohombres, del que formó parte, y cómo, poco a poco, se fueron llenando vacíos que parecían insalvables: se fundaron centros de enseñanza, se establecieron los Puertos Francos, se trazaron carreteras, se construyó el puerto de La Luz, se inauguró un Teatro, se fundó El Museo Canario, se abrió el paseo de la Alameda, se alzaron monumentos y fuentes, se pavimentaron calles, se dotó de agua y alumbrado a la población, se dignificaron los edificios públicos, se mejoraron los de carácter sanitario, se reactivó el comercio, etc. etc. Muchas de estas obras, como por ejemplo la escalera principal y balaustrada superior del Ayuntamiento, se llegaron a hacer por suscripción pública. Con indisimulable amor y orgullo escribió el anciano cronista estas palabras referidas a la ciudad que le vio nacer: "Honrémosla en su rápida transformación, comparando su empobrecimiento pasado y su ostentoso presente".

Este viejo libro, siempre nuevo y de apasionante lectura, no es sólo *recuerdo* de lo que fue Las Palmas en el siglo XIX sino lección constante de lo que es capaz de crear una colectividad con alto sentido de la ciudadanía.

José Miguel Alzola.

RECUERDOS DE UN NOVENTON

INTRODUCCION

Cuando avanzaba rápidamente la transformación maravillosa de la ciudad de Las Palmas, convirtiéndose en nueva y elegante población europea, la que era en general mezquino hacinamiento de casas de resabio morisco, comprendí que, para conocer el mérito del actual progreso, era necesario conservar la memoria, aunque fuese leve e imperfecta, de lo que fue nuestra antigua ciudad hasta bien entrado este siglo y de la indolencia, hábitos y costumbres de sus moradores, causa productora de aquel decaimiento.

Guiado sólo por mi buen deseo y auxiliado por los recuerdos de mis juveniles años, leí el 28 de mayo de 1889 en sesión pública de la sociedad "El Museo Canario" una memoria titulada "La Ciudad de Las Palmas a principios de este siglo". Este trabajo, que no tenía otro mérito que el de la fidelidad de mis recuerdos, mereció la indulgencia del ilustrado público y fue también causa de que algunos amigos me interesasen para que lo ampliara con los usos y costumbres de nuestros antepasados. Pero esta empresa, muy ardua para mí, necesitaba tiempo y reposo que yo entonces no tenía.

Circunstancias especiales de salud me obligaron más tarde a encerrarme en el retiro de mi casa; y para entretener mis ocios intenté dar comienzo a la olvidada tarea, publicando en el "Diario de Las Palmas" la serie de artículos que el público conoce y con los cuales, sin atender a la nulidad del mérito literario, podrá formar alguna idea de la índole, usos y costumbres de nuestros antepasados.

Hallándome casi a la mitad de mis publicaciones, un amigo mío, inteligente tipógrafo de esta ciudad, ha tenido la ocurrencia de pedirme el permiso para imprimir por su cuenta un folleto que contenga todas mis producciones relativas al mismo objeto de mis memorias. Deseando complacerle he accedido gustoso, dándole las gracias por el trabajo con que voluntariamente se ha querido cargar.

Las Palmas, 22 de octubre de 1895.

Domingo José Navarro.

I

Lucían los primeros albores de este gran siglo y las islas Canarias sólo habían sido recordadas o para ser invadidas por naciones cultas, sin consideración a su indefenso estado, o para infestar sus costas de corsarios que, no pudiendo saciar la sed de pillaje que los devoraba, desahogaban su enojo quemando nuestros pequeños barcos a la vista de las inútiles fortalezas.

Mercantilmente sólo eran explotadas por unos cuantos ingleses que extraían algún vino, barrilla y orchilla a cambio de manufacturas que vendían a subidos precios.

De resto, aunque para la navegación eran estas islas un importante sitio de recalada, huían de ellas, como si fueran escollos, los buques que procedentes de Europa seguían el derrotero de las Américas o el del cabo de Buena Esperanza.

En tan azarosa situación, la ciudad de Las Palmas, antigua capital del archipiélago canario, apenas daba señales de su existencia. Sin puertos, sin muelles, sin comercio, sin otros buques que los pequeños y sucios bergantines de la pesca berberisca, nuestra extensa bahía y el llamado puerto de La Luz se hallaban desiertos.

En este puerto, hoy tan poblado, no existían otras casas que la de la Virgen con su ermita, la del tradicional mesón del Ayuntamiento, dos reducidos almacenes ruinosos y cinco chozas de pescadores. Montañas de arena convertían en un pequeño Sahara la legua de distancia entre aquel puerto y la silenciosa ciudad, sin otros caminos ni veredas que la orilla del mar cuando el reflujo lo permitía. En todo aquel erial sólo se alcanzaba a descubrir, como retirados oasis, pequeños cercados con exiguas casas de labranza a la falda de la colina.

Meses y más meses se pasaban sin que el vigía de la Isleta señalase un buque nacional; la llegada de alguno era tan notable que formaba época y no obstante que en Europa y en nuestra misma Península ocurrían los gravísimos sucesos originados por la revolución francesa y por las rápidas campañas del gran guerrero del siglo, trascurrían los meses sin que la bienaventurada tranquilidad de nuestros abuelos se alterase con ninguna noticia. El correo, "rara avis", cuando llegaba por casualidad en algún místico

sevillano, era tan escaso que cabía holgadamente en el bolsillo del patrón que lo conducía. ¡Tal era entonces el aislamiento de Gran Canaria, tal el olvido en que la tenía el mismo gobierno de la Nación!

II

Más de trescientos años se habían pasado desde la fundación de la ciudad de Las Palmas y todavía conservaba la mezquina construcción de los primitivos tiempos y el aspecto morisco de las indolentes y sucias poblaciones del continente africano. Casuchas de planta baja ennegrecidas y ruinosas; algunas de piso alto con huecos discordantes cerrados con rejas o celosías, y otras con balcones tan descomunales, que bien pudieran pasar por habitaciones colgantes; azoteas verdinegras erizadas de enormes canales de piedra que parecían cañones; calles estrechas y tortuosas con piso de guijarros mal unidos en el que abundaban los baches, el fango y las inmundicias; ninguna acera, ningún número de orden, ningún nombre de calle, ningún paseo y absoluta carencia de alumbrado público.

Para acentuar más el triste aspecto de la desolada ciudad descollaban en ella seis lúgubres monasterios, rodeados de altos muros cuyo desnivel y desnudas piedras medio desquiciadas denunciaban su incuria y asquerosa vejez.

Este lamentable estado de la población no dejaba de armonizar con las costumbres de sus moradores. Sin acordarse del pasado, sin cuidarse del porvenir, sin conocer el valor de los recreos sociales, gozaban con pacífica beatitud las distracciones que les proporcionaban algunas fiestas anuales. Divertíanse en Navidad con los alegres villancicos, los pastoriles arrullos, panderetas y sonajas de la Nochebuena y saboreando con anticipación la cazuela de gallina y los suculentos pasteles que habían de cenar después de las doce. Regocijábanse en Carnaval con el tiroteo de huevos de talco, con los jeringazos de agua no siempre limpia, con las mojigangas del disfraz, con el bailoteo de folías, malagueñas y seguidillas y con engullir el sabroso y picante adobo y el arroz con leche de rígida ordenanza. Extasiábanse en Semana Santa con los tronadores del miércoles, con las innumerables luces del jueves, con las procesiones y penitentes y con correr de monasterio en monasterio para oír el cascado canto de las monjas en las horas de tinieblas, consumiendo de paso no corta ración de bollos de alma y almendras confitadas. Madrugaban alborozados para ver reventar a Judas en la torre de Santo Domingo, presenciar la persecución de su alma fugitiva en

figura de gato negro y almorzar, de retorno a casa, el obligado guiso de carnero. Tampoco se olvidaban de rondar las calles el primer día de mayo para galantear y obsequiar a las jóvenes más graciosas del menesteroso pueblo que, engalanadas y rodeadas de flores, pasaban todo el día sentadas a la puerta de su casa con el nombre de mayas, diciendo a los transeúntes:

"A la Maya, señor caballero...
Vale más la Maya que todo el dinero."

Por último rebosaban de alegría en toda la octava de Corpus con las travesuras, bailes y manotadas de los gigantes, golosillos y tarascas que delante de las procesiones recorrían las calles en honra y gloria de Dios.

Fuera de estos señalados días, eran pocos los hombres de alguna conveniencia que transitaban las calles; y cuando lo hacían, se embozaban en su capas, no para abrigarse sino para cubrir el desaliño de sus personas. Las mismas mujeres de alguna comodidad, sin distinción de edades ni categorías, salían siempre tapujadas con el negro manto y saya que las cubría de pies a cabeza.

En cambio bullía en continuo visiteo un enjambre de clérigos con sus descomunales sombreros de canal, que envidiara el mismo don Basilio; y no menor número de frailes con sus mondos y lirondos pescuezos al aire y sus cogullas de tétrico color.

Si a todo esto se añade el continuo clamoreo de las campanas, el monótono y ronco eco de las salmodias que se cantaban en las iglesias, las frecuentes procesiones de los muertos que, vestidos del indispensable sayal franciscano, eran conducidos a los templos para enterrarlos y para que se les cantase (a los que bien pagaban) entre ofrendas de vino, trigo y carneros, las solemnes vigilias, el tremendo "dies irae" y los responsos finales; los tercios o rosarios que cada noche rezaban a voz en cuello por las calles las numerosas cofradías con sus hopas patibularias; y hasta la entonación lamentosa del tío Muñoz que, con mugriento farol y un cuadrito de ánimas en la mano, pedía a gritos... ¡Limosna para las ánimas benditas...! Se comprenderá que la ciudad de Las Palmas de aquellos tiempos no era una población alegre, comercial y laboriosa, como lo es hoy, sino un pueblo triste e indolente de levíticas costumbres.

III

Dos murallones derruidos con sus respectivas puertas inservibles pretendían cerrar la ciudad por el sur y por el norte. Junto a la puerta del murallón de Triana se había abierto una espaciosa brecha para dar paso a las voluminosas piedras rodadas con las que se intentaba formar un muelle imposible, porque, apenas arrojadas, el embravecido mar las arrebataba y esparcía. Por aquella brecha introducían los vientos un río de arena que obstruía la doble curvatura que con miserables casuchas de marineros formaba la calle de Triana hasta la esquina de Matula.

Donde hoy brillan los grupos de elegantes palmas del precioso jardín de San Telmo, existía un extenso basurero lleno de escombros, de lanchas viejas, áncoras y cables inservibles.

A la sombra de la muralla subía un barranquillo estrecho que, con honores de camino cubierto, conducía al fuerte de Mata y a los llamados Riscos, desprovistos totalmente de casas; pero en cambio se divisaban numerosos agujeros que con dificultad daban entrada a pequeñas y húmedas cuevas donde, sin ventilación posible, se alojaban las familias más pobres, andrajosas y pendencieras de la población. Allí las revendedoras, las lavanderas y mariscadoras reñían a cada hora con infernal gritería, tirándose de los cabellos, abofeteándose, mordiéndose y extremando otras acciones más indecorosas, hasta que el tío Gaspar Tilano, hercúleo jeque de aquella inquieta tribu, con voz estentórea pronunciaba el terrible ¡quos ego...! Y todo quedaba en calma para reproducirse poco después.

A la falda del risco de San Lázaro se hallaba el hospital de su nombre, que era un conjunto de reducidas celdas de planta baja con piso de tierra, en cuyas húmedas pocilgas se asfixiaban los infelices elefanciacos que, sin separación de sexos, vegetaban desatendidos y casi a expensas de la caridad que pedían de puerta en puerta; y sin embargo el establecimiento estaba regido nada menos que por el decano de los oidores de la Real Audiencia con el título de Juez Conservador, por un capellán llamado Mampastor y por un Procurador que administraba los bienes y tributos que poseía. Sobran los comentarios.

Más allá se tropezaba con el feo y medio ruinoso mo-

nasterio de San Bernardo, dos veces quemado, y en su plaza sólo notable por su pendiente y desigual piso, por su mucha basura, por ser sitio de preferencia para revolcadero de bestias y para las pedreas, riñas, juegos y gritería de los atrevidos granujas.

Al fin de la calle de San Francisco aparecía el frontis oriental del Convento con sus altos muros jorobados y verdinegros y su laberíntica confusión de ventanas y balcones carcomidos, pasillos con celosías, escaleras empinadas, tapias mal unidas y celdas cubiertas de musgosas tejas donde los Reverendos vivían holgadamente con las cuantiosas limosnas de toda la isla, justificando el célebre aforismo de su seráfico fundador: "Nihil habetis et omnia possidetis".

Frente a este Convento se elevaba a pocos pasos el ruinoso monasterio de Santa Clara, vetusto edificio compuesto de varias casas que las benditas monjas habían tomado por asalto, en nombre de Dios, con cruz alta, báculo en mano y entonando el "Te-Deum". Este destartalado convento ocupaba el teatro y placeta de Cairasco, toda la alameda y gran parte de las calles colindantes. En una porción del mismo, se ensayó en Las Palmas, por primera vez "la piqueta revolucionaria" que costó al alcalde una excomunión, levantada pocos días después en fraternal refrigerio episcopal.

A lo largo del muro oriental del mismo monasterio corría un estrechísimo callejón donde no era posible pisar sin llenarse de inmundicias y salir asfixiado con las emanaciones pútridas de despojos humanos y de los animales muertos que allí se arrojaban.

Bajando la calle de los Malteses empezaban a encontrarse en ella, y en la Peregrina, las únicas tiendas del modestísimo comercio de toda la isla, representado por tres avecindados malteses y dos varoniles isleñas, algo turbulentas, que siendo entre sí comadres y cuñadas se amaban como perros y gatos.

A la izquierda de la calle de la Peregrina se descubrían varias accesorias oscuras con una mala caja de azúcar por mostrador, donde media docena de palmeros vendían azúcar, miel, rapaduras y pan de gofio, junto con variadas manufacturas de seda bajo los nombres de rasoliso, tafetán, sarga, paño de seda, tabinetes, cintas, ligas, trencillas y madejas de seda, de todos colores: artefactos de la

isla de La Palma que siempre se ha distinguido por su industria y laboriosidad.

Al salir de esta calle se llegaba a las célebres cuatro esquinas, sitio de reunión de todos los vagos y noticieros de oficio. Allí mirando al frente se veía una extensa y profunda hondonada llena de charcos, arena y cantos rodados, como que era terreno usurpado al Guiniguada por una mala muralla de contención. Esta hondonada al nivel del cauce del barranco absorbía todo el sitio de la plazuela de la Democracia y gran parte de la casa que a ella da frente.

A la izquierda, ocupando parte de la casa anterior y la hoy calle de San Pedro hasta cerca de la de Triana, se hallaba la iglesia de los Remedios casi arruinada y su inmunda placeta llena de escombros. Desde lo alto de la misma iglesia y de su placeta arrancaba una larga escalera de piedra arenisca que descendía hasta el mismo cauce del barranco. De noche nadie se atrevía a pasar por aquellos contornos; tal era el terror que infundía en los cándidos vecinos la aparición de fantasmas, penitentes, espectros, almas en pena y luces fatídicas.

A la derecha y sobre cinco escalones de pizarra aparecía la tradicional y única botica de toda la isla. Este establecimiento disfrutaba de fama por su antigüedad y de notabilidad por su tertulia. Desde las primeras horas de la mañana hasta las últimas de la noche estaban llenos sus bancos de los hombres que se distinguían por sus pocas ocupaciones, por su presumido saber y por su holgazanería. Allí se relataban, se discutían y comentaban todas las noticias, todos los hechos, todos los chismes de vecindad y todas las reputaciones. Allí se creaba en un sólo instante lo que poco después se llamaba opinión pública. Allí se decidían las causas y los litigios más enmarañados. Allí se criticaba la poca astucia del abogado, la ineptitud del juez, la torpeza del médico y la escasa elocuencia del predicador. Allí se hablaba lamentablemente de historia, se desatinaba en geografía, se alardeaba de saber química y física trayendo a colada la efervescencia de los álcalis con los ácidos, la cristalización de las sales, la reflexión y la refracción y... ¡cosa notable! hasta que el ámbar frotado con la piel de gato producía electricidad. En astronomía se llegaba a saber que Júpiter tiene lunas, Saturno un anillo y el Sol manchas. En fin, de todo se hablaba y todo lo decidían magistralmente aquellos inagotables pozos de ciencia.

De aquella "tertulia arlequinesca", de aquel "factótum", de aquel ateneo abigarrado salieron las opiniones de sabiduría de algunos "eruditos a la violeta" que en realidad eran menos instruidos que cualquiera de nuestros aprovechados alumnos de segunda enseñanza. "Requiescat in pace".

Siguiendo la calle de los Remedios había que pasar la pena negra para bajar por una de las dos rampas húmedas y resbaladizas que desde lo alto de la calle descendían a la profundidad de la del Perro, hoy de Muro. En un nicho oscuro, empotrado en el muro de contención, se vislumbraba una cabeza de perro que vertía agua, pero que por la hediondez de la fuente debiera creerse que manaba repugnante cieno. En medio de aquel fangal se agitaban y revolvían todos los pillos, todas las mujeres de vida airada, todos los mozos desvergonzados que se disputaban la ocasión de llenar sus "tallas". Las riñas no se daban tregua, la gritería era espantosa y a tanto montaban las obcenidades y la creciente desfachatez que si algún raquítico alguacil, único agente de orden público, echándola de valiente, interponía su autoridad, caían sobre el infeliz tal aluvión de dicterios y tal tromba de piedras y cieno que tenía que correr más que de prisa para salvar el pellejo.

Las casas de la corta y estrecha calle del Perro se hallaban en tal ruina que a pesar de ser amayorazgadas las habían abandonado sus dueños. Una de la izquierda menos ruinosa, ostentaba en su fachada del sur aquel extravagante balcón que a manera de largo y estrecho pasillo ofendía la vista de los transeúntes.

Al llegar a la profundidad de la hondonada en que terminaba la calle del Perro, era necesario mirar al cielo para descubrir la alta cima a donde, cual por otro monte Calvario, era indispensable subir jadeante y sudoroso para entrar en el viejo puente de madera, única comunicación entre el plebeyo barrio de Triana y el nobilísimo y levítico de Vegueta.

Pasado el tembloroso puente era preciso bajar poco menos de lo que se había subido para entrar en una calle fangosa, depósito de todas las aguas que descendían de la plaza de Santa Ana. Esta calle, hoy Nueva, volvía a subir con bastante pendiente hasta la Catedral; por cuya causa en las varias reformas que ha sufrido han quedado de un piso las casas que tenían dos.

A la derecha, en otra asquerosa hondonada, se halla-

ba la corta calle del Toril con miserables cuartuchos, a cuyas puertas se asaban sardinas e hígado de vaca y se freían brecas y morenas para dar de comer a los forasteros; porque no había en toda la ciudad ni un mezquino figón para alojarse a matar el hambre.

A la izquierda llamaba la atención un ennegrecido y estrambótico edificio que se apoyaba en la muralla del barranco: era la Recoba, única plaza de mercado de la población. Se componía de dos pisos; uno bajo con cinco cuartos, sin ventilación, destinados a la venta del pescado salpreso, cuya salmuera corrompida corría a la calle y exhalaba un olor insoportable. Al piso alto se subía o por una escalera interior estrecha, oscura, húmeda y resbaladiza, o por una calzada unida a la muralla. Nada más reducido, nada más desordenado, nada más puerco que aquella Recoba sin pollos ni gallinas. Se componía de dos cortos departamentos: uno interior techado y cerrado por una reja, donde se vendía pan y gofio; el otro, al aire libre, era un pasillo en el que cada revendedora tenía un sitio señalado con unas cañas que sostenían por techo un fragmento de estera; allí se vendían papas, batatas, calabazas, rábanos y lechugas, algunas legumbres y frutas. Dentro y fuera reinaban la zambra, las riñas, las insolencias, la confusión, el desaseo y mal olor.

Avanzando a espaldas de la calle de la Pelota se descubría hasta la orilla del mar un dilatado espacio ocupado por el barranco que ya en aquel trayecto no tenía muralla. Todo aquel sitio desierto correspondía al que hoy ocupan las últimas casas que dan frente al mismo barranco, las primeras de la calle de la Carnicería, la plaza de Mercado con sus accesorias, la Pescadería y el Matadero.

Al otro lado del barranco, donde hoy se eleva majestuoso el espléndido Teatro Tirso de Molina, se hallaba otro extenso local que el mar y el barranco se disputaban a porfía, porque tampoco allí existía muralla de contención.

En el término de la calle de la Carnicería se veía el local de su nombre, donde por la mañana se vendía carne y por la tarde pescado fresco. La carnicería era poco más que un cobertizo separado del público por una reforzada reja de madera de tea. En el interior se descubrían fijados en las negras paredes, cubiertas de moscas, varios garfios destinados a colgar las carnes.

Al través de la reja se presenciaba diariamente el repugnante espectáculo de la matanza, que no es posible des-

cribir con todos sus detalles. El fiero aspecto de los carniceros manchados de sangre, con piernas y brazos desnudos, pesada maza en la mano, cuchillo largo y puntiagudo al cinto y afilada hacha al costado; el mugido lamentoso de las reses al recibir los repetidos golpes sobre el endurecido cráneo; el estridente gruñido de los cerdos arrastrados fuera de sus chiqueros para matarlos; el tenaz ladrido de los enseñados perros que allí concurrían; el arroyo de sangre que a borbotones salía de la profunda herida que atravesara el corazón de la postrada víctima; las enérgicas y no santas interjecciones de los impacientes marchantes; los desentonados gritos de los mozos de servicio; el chirrido de la polea al colgar la res para descuartizarla; el olor nauseabundo de las entrañas palpitantes arrancadas de sus cavidades; y las llamas y el denso humo del chamusco de los cerdos, todo conspiraba a convertir aquella carnicería en un infierno digno de otro Dante.

Bajo distinto aspecto era también notable el panorama del exterior. Al sol, a la lluvia y a todas las inclemencias se agrupaba desde muy temprano junto a la reja numeroso pueblo que se cansaba de esperar impaciente y que en vano lo demostraba con su gritería; porque antes que al pueblo era preciso atender a las clases privilegiadas. Los señores Regidores perpetuos, Oidores, Inquisidores, Obispos, Canónigos, Gobernador de las Armas, Corregidor, Alcalde Mayor, Comunidades, Mayorazgos y todas las personas acomodadas, eran atendidas con preferencia según sus categorías. Mientras tanto los mozos y chicos menos sufridos trepaban por la fatídica reja y con incesante clamoreo reproducían un cuadro vivo de las anhelantes almas del purgatorio.

A las altas horas de la mañana compraba el menesteroso pueblo las piltrafas que habían sobrado, consolándose con la esperanza de ser más afortunado otro día que tarde había de llegar.

Subiendo por la calle de los Balcones y torciendo por la de San Agustín se descubrían los cimientos de la iglesia de tres naves que intentaban construir los empobrecidos frailes, que, por falta de templo, celebraban el culto en dos salas de la portería. Es tradición que en aquellas salas había existido una mancebía pública y que, en desagravio, los frailes, de acuerdo con el Cabildo secular, las habían consagrado al Señor de la Vera-Cruz. Ello es que el Ayuntamiento era patrono del culto de aquella

imagen y que los Regidores tenían el título de "esclavos del Señor" y concurrían a su procesión vestidos con ropa de seda encarnada (*).

Avanzando por la calle del Colegio y llegando a la encrucijada de la de los Reyes se podía descubrir en lontananza el afrentoso y cruel capítulo de la horca, perennemente alzado, solitario, triste y amenazador. Más allá, el funesto sitio de las Plataneras donde se enterraron las numerosas víctimas de la mortífera epidemia de fiebre amarilla del año de 1811 y los cimientos del actual cementerio.

Dirigiendo la vista por la calle del Colegio y más arriba de la preciosa iglesia y edificio del Seminario que fabricaron los Jesuitas, se descubría, unida al mismo Seminario, la casa que ocupaba el Tribunal de la Inquisición con sus cárceles y calabozos. Más arriba el deteriorado monasterio de San Ildefonso, de tristísimo aspecto por sus altos y ennegrecidos muros y por la horrible arquitectura de su iglesia.

Entrando por la calle de las Gradas y dejando atrás el preciosísimo frontis posterior de la suntuosa Catedral, al dar la vuelta a la bella escalinata del hermoso pórtico del norte, se descubre a la derecha la calle que recibió el nombre de Colón por haberse alojado en ella el insigne marino descubridor del Nuevo Mundo cuando arribó a esta isla en su primer viaje.

Al término de la misma calle se ve el sitio en que estuvo la primera Catedral y el laberíntico barrio de San Antonio Abad, primer grupo de modestísimas casas del Real de Las Palmas, núcleo de nuestra población.

Al frente se veía, en descenso rápido, la calle de la Herrería donde a uno y otro lado se descubrían varios camaranchones sin otra luz ni ventilación que las de las puertas. En ellos tenían su guarida ciertos individuos de la especie que Platón llamó "bípeda implume", a pesar de que tenían plumas, aunque eran de ganso. Aquellos antros se llamaban escribanías.

(*) La imagen de este Señor fue tenida por muy milagrosa; se le hacían numerosas promesas y recibía cuantiosas limosnas; pero era de cartón y el tiempo y los insectos la deterioraron de tal modo que, en los años a que nos referimos, se le daba el culto cubierta con un velo verde. Los frailes determinaron por fin sustituirla con el Crucifijo que hoy se venera. Desde el año de la sustitución cesaron totalmente las promesas y las limosnas. Este hecho no es el único en que se ve al pueblo adorar la imagen y no lo que representa.

Era imposible penetrar en ellas sin tropezar a cada paso con protocolos de todas edades, ropas y cuerpos de delito, cacharro con tinta, cántaro con agua y otros mil trebejos revueltos con puntas de cigarros, papeles rotos, basura y telarañas.

Lo único que había en su sitio era el escribano sentado en su poltrona con asiento de vaqueta, ante una mesa de pino atestada de sumarios y demandas, papel blanco, enorme tintero, salvaderas, plumas, obleas encarnadas, hilo y agujas, cortaplumas, tijeras, etc., todo en confusión y en admirable desorden.

Alrededor de la misma mesa bullían los procuradores que entraban, hacían preguntas, volvían a salir, tornaban luego, tomaban apuntaciones y se marchaban a escape; regresaban más tarde enjugándose el sudor; firmaban las notificaciones, pagaban a regañadientes los derechos de la curia y salían corriendo siempre con la indispensable carga de papeles debajo del brazo.

Las escribanías eran también entonces el lugar de residencia de los picapleitos, de los investigadores de fundaciones para vender el derecho al mejor postor, de los testigos alquilables y de otras muchas personas desocupadas que vivían a su sombra.

Al entrar por el estrecho y torcido callejón de San Marcial se encontraba a la derecha el colegio del mismo nombre donde el Cabildo Eclesiástico sostenía y educaba en música, canto y servicio del culto, a doce jóvenes que eran también monacillos de la Catedral.

A la izquierda se levantaba sobre sólidas y lujosas paredes la iglesia que debía ser Sagrario de la Catedral.

Al frente se presentaba el alto y vetusto muro almenado de la huerta del palacio episcopal y las habitaciones roñosas que miraban a la misma huerta.

Ya dentro de la plaza de Santa Ana, se fijaba con disgusto la vista en el frontis de la Catedral compuesto de un paredón macizo de sillares de arenisca amarillenta en cuyo espesor se abría solitaria una puerta ojival a la que se sobreponía espaciosa claraboya circular, rematando todo el frontis en ángulo obtuso con una cruz en el vértice. En los extremos a una y otro lado se divisaban dos diminutas puertas que pertenecía cada una a las moles informes que más que torres parecían fortalezas. En la del norte estaban las campanas, en la del sur la matraca y el reloj. Junto a esta torre se abría entre

deterioradas casas el estrechísimo callejón del Rejol que comunicaba la plaza con las calles del Espíritu Santo y Colegio.

Del frontis del palacio episcopal sólo puede decirse que estaba en aquella época peor, si cabe, de lo que hoy está.

Las Casas Consistoriales, aunque también estaban construidas con sillería de arenisca, no carecían de magnificencia. En la parte baja corría todo el largo frontis una arquería que daba entrada al anchuroso atrio en cuyo centro arrancaban sobre amplia meseta dos escaleras de la mencionada piedra. La de la derecha conducía a los departamentos de la Real Audiencia; la de la izquierda a los del Cabildo secular. La parte alta se componía de cinco arcos centrales cerrados en su base por una barandilla de piedra cuyos balaustres estaban tallados con esmero. En los extremos se abrían dos largos balcones de hierro destinados a las exhibiciones públicas de ambas corporaciones.

En el patio se encontraban en pésimo estado las prisiones de la cárcel pública.

Dando la vuelta a la encrucijada del Espíritu Santo se veía empotrada en la pared de la izquierda una desaseada fuente de tres caños con hedionda balsa de cantería. Toda la calle en contorno era un fangal, porque en aquella fuente se reunían a beber y lavarse casi todos los caballos del barrio de Vegueta.

Al término de la calle, hoy de Castillo, se halla el notable edificio que contenía entonces el hospital de San Martín, la Casa hospicio y la Cuna de expósitos. Este edificio fue construido a expensas del ilustrísimo señor obispo don Antonio Martínez de la Plaza a fines del último siglo. Este egregio prelado, modelo de caridad y celo evangélicos, gastó casi todas las rentas de su corto pontificado en esta gran obra, mil y mil veces bendecida por los pobres asilados; pero la pésima administración que lo sucedió anuló bien pronto los caritativos fines de aquel eminente obispo, pues el hosiptal quedó casi desierto, la Cuna de expósitos abandonada y la Casa hospicio convertida en encierro de los prisioneros franceses que nos regaló la metrópoli.

El rápido descenso de la calle de Granados hasta San Roque obligó a construir una calzada para entrar en el atrio del hospital; y como esta calzada ocupaba la mitad

de la calle, el tránsito era muy penoso. En los rellenos que se han hecho después para dejar la calle al nivel del atrio han quedado subterráneas varias casas de la misma calle.

Las salidas de esta ciudad al sur, al poniente y al norte no llegaban ni aún a merecer el nombre de malos caminos vecinales; eran unas veredas escabrosas que con dificultad salvaban a caballo, o más bien a burro, que era la caballería más común.

En las calles de la población eran arrastradas las cargas voluminosas o muy pesadas, por yuntas de bueyes sobre un triángulo de madera sin ruedas, denominado "corsa".

El barrio de San José, con malas casas y peor camino, no pasaba de su preciosa ermita. El de San Juan apenas formaba la calle de su nombre. El de San Roque se limitaba a pocos cuartos mezquinos en las inmediaciones de la ermita.

MI CHIFLADURA

En la necesidad de entretener los ocios de mi forzoso y prolongado encierro creyendo que la fuerza de voluntad puede vencer imposibles, he caído en la mala tentación de sacar a relucir algunos usos y costumbres de nuestros benditos antepasados como segunda parte de mi folleto "La ciudad de Las Palmas hasta principios de este siglo".

Confiado en el firme recuerdo del tiempo de mis juveniles años y sin tomar en cuenta mi desvalido entendimiento, empecé a emborronar cuartillas tras cuartillas; y cuando más afanado estaba, no sé por qué, acudió a mi memoria el siguiente tan antiguo como vulgar cuento, que me aplastó con su moraleja.

Érase un indiano rico que tenía un pie muy torcido. Al regresar a su pueblo, tomó singular empeño en que se rellenara un peligroso derrumbadero que interceptaba los dos barrios de aquel vecindario. Todos le contestaban... ¡imposible!... ¡es imposible! Picado el amor propio del cojo, emprendió la obra y a fuerza de dinero cegó el precipicio y sobre el mismo fabricó una casa en cuyo frontis hizo grabar en grandes letras... "Nihil impossibile est".

Al día siguiente apareció escrita debajo del letrero esta cuarteta:

Si nihil impossibile est,
Como tu lengua relata,
Enderézate la pata
Que la tienes al revés.

¡Aquí de mis apuros! Así como el cojo tuvo sobrada plata para cegar el derrumbadero, tengo yo bastante caudal de memoria de los antiguos tiempos para rellenar con cuartillas el "derrumbadero" de mi segunda parte; pero acontece que mi pobre cacumen, que siempre ha sido cojo, tiene hoy con la edad la pata tan torcida que le cae como de molde la traidora cuarteta. En tal conflicto, era lo razonable desistir del intento, que ya tenía visos de chifladura; pero el maldito estaba tan clavado en mi magín que, "velis nolis", he tenido que apechugar con él y seguir la tarea de registrar los recuerdos encerrados en las gavetillas de mis carcomidos armarios encefálicos.

Allá va, pues, el engendro, tan flaco, enteco y desarrapado, como lo parió su patituerta madre. Si le faltan arreos, póngaselos el que quiera; si os fastidia la escuálida criatura, al estercolero con ella; y si a causa del fracaso se oscurece más mi negra honrilla, no me importa un ardite: siga adelante mi chifladura, aunque salga el sol por la Gomera, como dicen en esta tierra del **gofio** y de la **chacarona.**

ADVERTENCIA

Si contaras, amigo lector, mis noventa inviernos (lo que por ahora no te deseo, porque trascenderías como yo "a incienso de responso"), notarías la enorme diferencia que hay en lo físico, moral e intelectual de nuestra vetusta y destartalada ciudad de otros tiempos y de sus destartalados moradores, con la muy presumida de hoy y de sus presumidos habitantes que ya hacen pinitos de civilización parisiense de fin de siglo. Sorprendido con tal variación, exclamarías con el mantuano... "¡Quantum mutatus ab illo!"

Yo bien quisiera, a fuer de viejo y en conformidad con el bueno de Horacio, constituirme en "laudator temporis acti", aunque no fuera más que para evitar un mal rato a ciertos amigos intransigentes que se empeñaron en contradecirme, asegurando que nuestros abuelos valieron más que sus nietos: pero aunque soy complaciente por temperamento, hay sin embargo, dentro de mí algo que me grita... "amicus Plato, sed magis amica veritas".

Punto redondo y basta ya de advertencias y también de latín, que apesta tanto a pedantería, cuanto más lo tengo olvidado o él a mí, que da lo mismo. Además, como lo que he de escribir no ha de rozarse con la fe, cada uno puede hacer de su capa un sayo.

¿POR QUÉ EL PUERTO DE LAS ISLETAS PERDIÓ SU NOMBRE?

Para que quedes satisfecho, curioso lector, y sepas al mismo tiempo por experiencia propia, como se viajaba entre islas hasta muy avanzado el siglo actual, es necesario que te resignes a sufrir el martirio de navegar en los pequeños barcos de vela destinados al cabotaje. Ya dentro de uno de ellos, que todos eran iguales, si al cabo de pocas horas has tenido la fortuna de no haber echado el alma por la boca con el mareo, ni te has muerto de hambre por haber rechazado el sucio **gofio** y el pescado salado, únicos alimentos de a bordo, ni los marineros te han roto alguna costilla pisando sin piedad tu inerte cuerpo tendido en el combés sobre una estera... ¡Dios te la depare buena con el enjambre de insectos ápteros y alados que se apoderan de ti, como de tierra conquistada! Sin comer ni beber; sin dormir; y atormentado de mil distintos modos, dáte todavía por muy feliz, si no llegas a oír el acompasado golpear de la malhadada bomba, cuya pestífera sentina te haría exhalar el último suspiro, si algún resto te quedaba de vida.

Por fin, después de barloventear dos o tres días el mal aparejado barcucho, en una de las tantas guiñadas de la fastidiosa bolina, llegas a descubrir la negra mole de la catedral y a regocijarte con el próximo término de tus tormentos; pero no contabas con que el inhospitalario **rebozo** de la bahía de Las Palmas había de obligarte a dar fondo en el puerto de La Luz.

Dos horas largas, después de echar las anclas, tienes aún que sufrir los repetidos bandazos del pequeño buque que se mece como una cuna de chiquillo llorón. Al cabo, te arrojan, cual si fueras un fardo, en la alquitranada lancha y... rema, que rema, cuando ya te creías en la deseada playa, oyer sobresaltado grita... ¡cía! ¡cía...! ¡aguanta a babor...! y notas acongojado que la lancha se detiene y que las embravecidas olas la combaten con ruido atronador. Todo encogido y encomendándote a Dios esperas el fin de tus días, cuando vuelves a oír la misma voz que dice: ¡ahora! arranca; voga avante... jala, jala firme, que viene jacío; y tembloroso, con el alma entre los dientes, te encuentras embarrancado a nueve o doce varas de la ori-

lla, temiendo a cada instante que te traguen las olas.

Un marinero, casi desnudo, se echa al agua y al emparejarse contigo te grita ¡upa...! a cuya voz, otro te suspende y te coloca a horcajadas en uno de los hombros de aquel anfibio. El momento es crítico; el oleaje sigue y a cada choque crecen los traspiés del marinero que, si no cae contigo y te da un buen chapuz y no pequeño revolcón, te deposita al fin sobre la mojada arena a trueque de una o dos **fiscas** según tu generosidad.

Mal lo pasarías allí, si no viniera en tu auxilio el inquilino de la única casa del puerto, el antiguo y probo sargento Llagas, comandante militar y alcalde de mar de aquellas playas, delegado de sanidad, alcalde pedáneo, médico, boticario, sacristán y mesonero de los pescadores y mariscadores, únicos habitantes de aquellos desiertos contornos. Este campechano sargento al notar tu debilidad, te dará su fornido brazo y casi en volandas te lleva a su casa.

Poco tardará en remediar tus cuitas y acallar tu hambre con una buena cazuela de pescado, escabeches, pan, vino y una taza de café que acabará de confortarte para departir con él y preguntarte la causa del nuevo bautizo de aquel puerto.

¡Alma de Dios! te dirá, ¿dónde ha estado usted que no ha llegado a saber que hace años aparece todas las noches una luz misteriosa que recorre estas playas? Esta luz sale a la prima noche del castillejo del risco de Guanarteme; baja de allí casi a media altura de un hombre, llega al castillo de Santa Catalina; sigue la orilla del mar hasta la ermita de la Virgen; allí se detiene algunos instantes y, tomando la falda de la Isleta, llega a la punta del Arrecife y desaparece en el mar. Algunos han intentado acercarse a ella, pero nunca se ha dejado alcanzar.

La fama de la luz, continuará diciendo, ha llegado a ser tan notoria y poderosa que no sólo varió el nombre del puerto, sino también el de la Virgen que siendo del Rosario y patrona de la fiesta de la Naval, ya no se conoce con otro nombre que el de la Virgen de la Luz.

Sin perjuicio, malaventurado viajero, de que hagas los comentarios que te plazcan mejor sobre la naturaleza de la luz y de la candidez de nuestros antepasados que la tomaron por alma en pena, prepárate para la peregrinación que vas a emprender hasta Las Palmas. Te espera para conducirte un lastimoso esqueleto cubierto de acri-

billado pellejo, al que su dueño, el tío Lázaro, da el nombre de burro. En este vivo esqueleto vas a atravesar una legua de desierto de arena que tiene, como el africano, sus movibles montañas, sus llanuras y sus depresiones; a veces también su calor infernal y hasta su símil de su horrible simún si soplan fuertes los vientos del sur. Sin camino, ni vereda, sufriendo frecuentes caídas, unas veces encima y otras debajo de tu lacerado borrico, tardarás una hora en llegar a las derruidas murallas de la vieja ciudad, donde vas a perder hasta la esperanza de encontrar alojamiento y cama en que descansar. ¡Dios te ampare!

LOS POSEEDORES DE "COSAS"

¡Oh, tres y cuatro veces bienaventurados nuestros apáticos y bonachones abuelos que adheridos a sus moradas, como las lapas a la roca, olvidaban el bien del pueblo y sólo se cuidaban de sus propios goces! Quietecitos en sus casas, se desternillaban de risa con las ocurrencias de ciertos "bufones de oficio", que tenían el privilegio de decir y hacer cuanto se les antojaba, sin cuidarse de que algunos se ofendieran. Al desdichado que incurría en tan enorme falta, le caían todos encima, diciéndole: ¡hombre no sea usted tonto! ¡vaya un agravio...! ¿No ve usted que son "cosas" de fulano o de mengano?

Los dichosos mortales que, como nuestros aludidos bufones (*), llegaban a conseguir el salvoconducto de tener "cosas", se hallaban autorizados para prescindir de toda consideración y de toda regla de urbanidad. Donde quiera que se presentaban llevaban consigo el exequátur de burlarse de todos con palabras a veces groseras y con sátiras desvergonzadas; pero siempre disculpados con el "son cosas" y siempre seguros de excitar la risa y ser aplaudidos y festejados.

Era imposible que en los grandes convites, en los casamientos, en los bautizos y en las alegres excursiones no fueran los primeros invitados; y más imposible aún que una tertulia pudiera subsistir, sin que la amenizasen aquellos graciosos chocarreros.

Estos bufones hipotecados eran jefes de un grupo de jóvenes holgazanes que constituían la partida del nombre de sus directores. Muchas fueron las tropelías de esta escandalosa partida, pero entre ellas bastarán dos para medir sus hazañas y su perturbador atrevimiento.

"Un matrimonio ya entrado en edad acostumbraba en verano a dejar abierto el balcón de la sala en que dormía. En una noche de clara luna, uno de la partida trepó al balcón y con gran silencio cambió la ropa de uno y otro esposo, colocó las sillas en desorden alrededor de la cama y salió dejando bien cerradas las puertas del balcón para que no entrase claridad. Poco después daban golpes a la puerta de la calle gritando, ¡fuego...! ¡fuego...!

(*) Conocidos.

Llegado el día siguiente, se divertían oyendo contar el terror de los esposos por el temor del fuego: que el marido tuvo que ponerse las enaguas de la mujer y ésta el balandrán de aquel; y que ambos, tropezando con las sillas, cayeron y revueltos y angustiados no dieron con el balcón hasta que aclaró el día."

"Unas pobres mujeres llamadas las Virginitas, algo murmuradoras, pendencieras y ridículas, tuvieron la imprudencia de increpar en alta voz a los de la partida por sus repetidas fechorías. Un día al romper el alba, los de la partida sorprendieron en la cama a las desdichadas viejas y dieron con ellas desnudas en la taza del Pilar Nuevo. Las desvalidas Virginitas sufrieron un baño prolongado hasta que ya bien de día les dieron los vecinos algunos abrigos para cubrir su desnudez y regresar a su casa."

A estos y otros muchos desmanes casi diarios, había que añadir los frecuentes robos de gallinas, carneros, patatas, verduras y frutas para las cenas y francachelas con que festejaban los de la partida sus desordenadas empresas, siempre toleradas y aplaudidas como "cosas" de A... o de C... ¡Tal era la cultura del pueblo que se deleitaba con semejantes tropelías y desacatos!

SIGUE LA ZAMBRA

Cualquier forastero que en aquellos tiempos hubiese atravesado la calle Mayor de Triana, creería que se hallaba en medio de un gran manicomio al oír la gritería infernal que producían casi diariamente los borrachos, locos, etc., corregida y aumentada por el canallaje de los muchachos vagabundos.

La pobre ciudad destituida de toda vigilancia, entregada a los caprichos de los transeúntes y sin policía de ningún género, no es extraño que presentase los escandalosos cuadros más o menos frecuentes que tratamos de indicar, sin la menor exageración y tal cual nos han quedado impresos en la memoria.

A lo largo de la calle aturdía con sus penetrantes gritos la Luisa Montesdioca, víctima de embriaguez habitual, vomitando denuestos y sacando a pública subasta las vidas ajenas en su más asquerosa desnudez. Allá, José, el loco de Telde, arremetía a garrotazos con el primero que se le antojaba. Acá, la Coscolina, que la echaba de hechicera, aterrorizaba con furiosas amenazas a las cuitadas vendedoras que se negaban a sostener sus vicios. Allí, la Isabelita, loca razonadora, detenía a los transeúntes con su interminable charla de desatinos, entre los que brillaban algunas frases de espiritual concepto. Por todas partes andaba afanoso Pata-de-gallo con sombrero de pico, casaca, pantalón ajustado de punto, bota de campana y bastón, entrando y saliendo de todas las casas y echando víboras y culebras porque no le entragaban los bienes que le pertenecían como heredero universal. Acullá, el cobrizo, flaco y largucho Pablo Jariano, verdadero tipo de beduino, llamaba con voz aguardentosa a su compadre don Simón, el Gobernador de las armas, para que lo defendiera de la embestida de los pilluelos. Por otra parte, encaramado en el pilón de una fuente, el negro Jerónimo predicaba con desaforados gritos y al terminar exclamaba: ¡Yoren ya, malditos! ¡Yoren, condenaos! ¡Yoren todos, mal rayo los junda! No lejos, aparecía un viejo mendigo echando maldiciones y tirando piedras, porque lo llamaban "pitoco", cuerno verde y alcahuete de las brujas. Más cerca, se tropezaba con el imbécil Poleo que sostenía con vacilantes pasos su crecido vientre

y con estúpida risa, fijando sus diminutos ojos en los transeúntes, parece que les quería decir... ¡apuesto a que sois más felices que yo! ¿Dejaría tal vez de tener razón?

En medio de tanto desconcierto y tanto barullo, se oían sin intermisión los desapasibles chillidos de las impúdicas mariscadoras, pregonando: "clacas, almejas y lapas, **burgaos** y erizos"; los de las descaradas rabaneras, "rábanos cabezudos, pimientas verdes, perejil y cilantro"; y los de las revendedoras sentadas en las bocacalles, "¡vamos a mis **picarrãños cachirulos, tachones, mercochas y güachafisco!".**

Para completar el cuadro, la turba magna de muchachos casi desnudos, tirando piedras, silbando, corriendo, atropellando y maltratando a los mendigos, locos y borrachos con infernal gritería.

Todo esto pasaba a vista, ciencia y quietismo de los señores Regente y Oidores, Corregidor, Alcalde mayor y Alguaciles, como si fuera la más inocente broma de carnaval.

¡Esto y algo más se tenían bien merecido los apáticos habitantes de la vieja ciudad!

UNA EXPEDICIÓN A LA FIESTA DE LA VIRGEN DEL PINO

Por más que os empeñéis en comprender las inmensas dificultades y obstáculos que, en principios de este siglo, se presentaban para hacer una excursión al campo, no es posible que lo consigáis vosotros, mis jóvenes lectores, que disfrutáis de buenas carreteras, de abundantes coches, de carretas, etc., que en la actualidad facilitan los viajes al interior de la isla. Es preciso que toméis en cuenta el deplorable estado, no de los caminos, porque no los había, sino de los vericuetos y escabrosas veredas que era necesario salvar en pésimas cabalgaduras. Hasta aquellos tiempos no se conocían las sillas de montar que más tarde introdujeron los ingleses para comodidad del bello sexo. Este tenía que apechugar entonces con las tradicionales "barandillas" que se componían de cuatro palos formando dos equis, unidos por unos travesaños, de modo que la barandilla se pudiera colocar sobre una albarda donde se aseguraba con sogas y cincha. En este armatoste y sobre una almohada para asiento y un tapete para cubrir la albarda, iban encajonadas las señoras y señoritas que se aventuraban a salir de la ciudad.

Tratábase de tres familias que habían concertado para ir a la fiesta de la Virgen del Pino. Con ocho días de anticipación se habían comprometido todos los burros de alquiler y algunos prestados, pues esta cabalgadura era la dominante.

En la noche de la expedición ninguno de los viajantes dormía; ni los arrieros con el cuidado de sus bestias; ni las niñas con el de sus adornos y rizado de cabellos; ni las señoras y caballeros con el de los aprestos de comidas y bebidas para el desayuno y almuerzo de llegada.

A las tres de la mañana ya iba despedida una recua de caballos, yeguas y mulos con colchones, ropas de cama, baúles, fardos y todo lo necesario para los días del concertado jolgorio.

A las cuatro ya se hallaba reunida toda la comitiva y empezaban a correr de mano en mano los tazones de chocolate con bizcochos y bollos, reservando, para última hora, la indispensable "sopaigenio" con sus almendras y

anices confitados y una copita de mistela o de rosoli para confortar.

Mientras tanto en el mal alumbrado patio se emprendía la difícil tarea de "embarandillar" que comenzó con los ternos y cuaternos de los resabiados arrieros, mal avenidos entre sí, y con los atronadores rebuznos de los burros; unos, significando sus celos con coces, patadas y mordizcos; otros, su entusiasmo y locas pretensiones, encabritándose en obsequio de sus honorables cofrades. Pero al fin, el implacable látigo, el tolete y aún el aguijón restablecieron el orden y quedó terminada la azarosa operación.

Apenas apuntaba el alba resonó la voz... ¡a montar... a montar! No es descriptible el barullo que sobrevino con los reconcomios de las melindrosas damas; unas pretendiendo ser las primeras, otras negándose a que los arrieros las cogieran en brazos, otras repudiando éste o el otro burro, o aquella o esotra barandilla. Pero como la necesidad tiene cara de hereje, según algunos traducen, ello es que al fin salió a la calle la expedición y tomó el único derrotero de San Nicolás en cuya cuesta y antes de llegar al castillo del Rey, empezaron los percances. Según dictamen de los peritos aquella y la otra barandilla, estaban muy traseras; la de más allá tenía la cincha floja y dos de las restantes demasiado inclinadas, una adelante y la otra atrás. Para remediar aquellos defectos fue preciso hacer tres o cuatro paradas; y ya al fin, avanzaba en buen orden la comitiva, cuando resonó el grito de... ¡paren... paren! ¡Terrible suceso! Era, nada menos, que el burro de doña R. había caído y la pobre señora rodó por el suelo con tal desalojamiento de faldas que el sol alumbró lo que siempre había estado en obscuro. (Téngase presente que hasta aquella época las mujeres no se habían atrevido a usurpar los pantalones del hombre.)

El fracaso se remedió lo mejor que se pudo y la caravana borrical siguió sin otro siniestro entonces, que el de haber dejado D. A. en una caída parte de sus narices en los guijarros del camino. En el descenso del barranco de Teror se repitieron con profusión los anteriores percances, pero por último ya no quedaba otra dificultad que la de vencer la empinada y escabrosa cuesta que llegaba hasta el pueblo. ¡Difícil empresa! Los desdichados burros, ya rendidos con más de cuatro horas de

camino, agacharon las orejas y ni con palos ni con aguijón dieron un sólo paso adelante. Fue preciso echar pie a tierra y jadeantes, paso a paso y sudando la gota gorda llegaron nuestros malaventurados viajeros a la plaza de Teror, con más ganas de tenderse a descansar que de divertirse.

La renombrada fiesta del "Pino" debía su fama a la enorme concurrencia de los pueblos atraídos por la muy arraigada devoción a la milagrosa imagen de la Virgen, aparecida desde remotos tiempos en un pino entre dos esbeltos dragos. Fuera de la esmerada solemnidad del culto dentro del precioso y alegre templo y de las infinitas promesas que se cumplían, no había que pedirle a la fiesta otra cosa que el continuo y desapasible sonido de guitarras y tiples, el interminable bailoteo, los desacordes cantares, los alegres **ajijidos,** los innumerables ventorrillos y las luchas siempre terminadas con el común desenlace de una general paliza en la que los contendientes lucían su hábil destreza de dar muchos palos causando sólo algunas contusiones, pocas heridas y ninguna muerte.

¿Fueron nuestras expedicionarias guiadas exclusivamente por la devoción, o tal vez a cumplir alguna promesa? Difícil es penetrar en el santuario de la conciencia; pero es lo cierto, que las damas lucieron en la iglesia sus espléndidos vestidos, sus joyas, sus artísticos peinados, su elegante calzado y sus preciosos abanicos; que tuvieron opíparas comidas; que la casa estuvo siempre llena de obsequiosos visitantes y que los ocho días de residencia en Teror los emplearon en deliciosos paseos, meriendas en amenos sitios y bailes interminables. "Qui potest capere, capiat."

ESCENA FAMILIAR. LAS DE A., EL PAE VICENTE Y SU AMIGO JULIAN

El "pae" Vicente no había entrado en el gremio de los mansos, ni aún en el de los contrabandistas del séptimo sacramento; tampoco había recibido tonsura, ni vestido ninguna cogulla. Su título de paternidad procedía de que cuidaba y vigilaba con rigoroso celo a tres hermanas huérfanas, entre las que la pequeñita le llamaba "pae" (padre).

El "pae" Vicente que era muy juicioso, serio y complaciente, tenía íntima amistad con Julián, joven alegre, satírico y travieso que más se cuidaba de divertirse que de atender a los estudios que un canónigo, su tío, le obligaba a seguir en el Seminario; Julián era el reverso de la medalla de Vicente y tal vez por eso fueron íntimos amigos.

Un día entraron ambos en casa de las de A. y encontraron sola a la mayor de las hermanas medio recostada en el canapé. Saludáronse mutuamente y Vicente añadió: hoy traigo a usted, Mariquita, un pequeño recuerdo. —¿Y qué es "pae" Vicente?—Un **cobucho** de chochos endulzados que tanto le gustan a usted. —¡Ay! amigo mio, cuanto lo siento, pero hoy no los puedo comer, porque tengo dolores de barriga. —¿Y por qué no toma usted una tacita de agua de pazote que es muy medicinal? —No seas tonto, Vicente, interrumpió Julián, apuesto a que Mariquita ya se ha frotado la barriga con aceite de ruda caliente y ha tomado una copita de anizado para curarse, como sabe hacerlo por experiencia. Mira, mira como ya empiezan a salirle los colores a la cara. —Confieso, dijo Mariquita, que me ha hecho usted **cojer una vieja** con sus necias palabras, pero... La cocinera que apareció a la puerta de la sala, cortó el embarazoso diálogo, diciendo: señoa María, ya están en un tris la dose y jastora no mian dao la previsiones pa el prensipio de la comía. —¿Y qué le falta? —Pos me jasen falta los sajos pa el gaspacho del casnero asao y las ispesias pa el puchero. —Esta Maritornes es una alhaja, dijo riéndose Julián. —¡Uiga vustede...! mie que yo no me llamo María Torno, sino Nicolasa Corujero; y que a mí nenguno me pone ditaos y no me ejo sopetiar y estrujar por naiden. —Nicolasa, interrumpió Mariquita, cállate y véte a la cocina que voy yo también. —Ya me voy; pero **ajoto** de que estos presumíos tienen cuatro cuartos, que no vengan aquí a

regoldiarse con los pobres. —Anda, anda y no rezongues más, replicó Mariquita, levantándose y saliendo. Julián, sin poder contener la risa, se salió al balcón y Vicente contrariado se quedó mascullando algún chocho.

A corto rato volvió Julián gritando —¡albricias Vicente, ya entró la pava clueca con toda su echadura!—Julián, contestó con seriedad el "pae" Vicente, no vuelvas a comprometerme con tus despropósitos. A este tiempo entró en la sala doña María y dejándose caer en el canapé exclamó, —¡ay, ay, ay...! ¡qué descuajaringada y estropiada y sudando a chorros me han puesto estas niñas! ¡Buenos días amiguitos...! Lo que digo, van a acabar conmigo. Me han traído de Ceca en Meca en todas las tiendas de los Malteses, en las de la Coca y de la Benina, en la del francés, en la de Margarita la portuguesa y hasta en las lonjas de los Palmeros para comprar unos cintajos y no sé que otras chucherías. —Mamá, contestó una de las niñas (ya todas se habían puesto a coser), sin lo que hemos comprado no podríamos ir al convite que nos han hecho para la merienda de brevas en los Barrancos la tarde de San Juan. —Sí, sí; tienes razón; casi no me acordaba y ahora de sólo pensarlo, ya se me hace la boca un agua: ea; pues doy por bien empliado el cansancio. —¡Engílamela! "pae" Vicente, dijo Pepita alargándole una aguja. —No te comprometas. Vicente, expresó Julián, cuidado con lo que vas a hacer. Vicente riéndose enhebró la aguja.

En el mismo instante entró en la sala de rondón un rechoncho marinero que parándose delante de doña María con las piernas abiertas y rascándose el pescuezo, le dijo: miama, desque Santiaguillo me dio el recao de sumelsé pa que le buscara una barrica basía dalquitrán, me ije pos Pepe leva lancla y pon la proba ca el mestre Jeromo a toa bela; y así lo jise. Y el mestre me ijo, dise, pos si la barrica es pa la señoa doña María, allá drento agárrala y a labio; dile a Angustia que te dé también el casón que me trujeron que pue que le guste. Así lo jise y de un repiquete too lo alijé en el patio. —Muchas gracias, Pepe y dáselas en mi nombre al Mestre Jerónimo. ¿Y cómo están tu mujer y tus hijos? —¡Ay! miama, contestó José haciendo pucheritos, no me jaga recoldá tantos destrupisios. —Pero hombre, di lo que hay. —"In fandum, regina jubes...?" exclamó Julián. —¿Qué dice este trompitisca de relingas y de nubes? preguntó José

algo escamado. —Nada hombre, cuéntame, cuéntame lo que ha sucedido, interpuso doña María. —Pos señoa; a la esdichaa Gabriela, mi jembra, le sopló un sueste de correncias que estubo en un tris pa irse a pique y se ha queao toa esmastelaa. Y pa más enfundios mi jijo Grigorio dio un tropicón en el risco, roó por la laera y se queó el pobre jecho un esomo. —Jesús, hombre, cuanto lo siento. Mira Antoñita, abre la despensa y dále a José la carne que está en el garabato, una libra de pan, un frasco de vino y una gallina. —Dios se las dé de gloria, contestó José. —Si creerá este roncote, interpuso Julián, que en el cielo hay gloria de pan, vino y gallinas. —Mie, señó leguete, replicó Pepe, yo no sé lo cai en el cielo, pero le igo que a mi naiden me ha copio el barlovento y que si quie regatiá conmigo a la trompaa, en la calle me jallará. —Me alegro, dijo el "pae" Vicente, de que te salgan caras tus majaderías. —Vamos, señores, dijo doña María, todo no es más que una broma. —Adiós miama, añadió José, que en la casa áiga salú de popa a proba y de babor a estribor.

Ahora, amigos míos, propuso doña María, esta noche los espero a cenar para que participen del cazón en **mojo** hervido que es riquísimo, y concertemos la gran **fogalera** que hemos de hacer en la calle la víspera de San Juan con la barrica de alquitrán que ya tenemos. —Sí, sí, dijeron las niñas, y queremos que hayan muchísimos cuetes y triquitraques. —Yo me encargo de comprarlos casa del Morenito, dijo Vicente. —Y yo, añadió Julián, de echar cuetes a todas las que pasan. —¡Hasta la noche, hasta la noche!

LOS BAUTIZOS

Las aparatosas costumbres que caracterizaban los premiosos instantes de la entrada y salida de este mundo, eran para nuestros antepasados tan necesarias e importantes que la más de las veces excedían los gastos que invertían en ellas a la riqueza efectiva de las familias. Hoy, que "no nos acordamos de Santa Bárbara sino cuando truena", como si nos avergonzáramos de aquellos actos, enviamos a bautizar de tapadillo a nuestros hijos y despedimos en las tinieblas de la noche a nuestros difuntos, como si nos recatáramos de la luz del día para intentar un contrabando. Es verdad que cubrimos su féretro con lujosas coronas; pero quizás sin advertir que añadimos el amargo sarcasmo a la modesta notabilidad del finado. Sin echarla de Aristarco, casi estoy por creer que obedecemos a aquel apotegma epicúreo "manducemus et bibamus, eras enim moriemur".

El solemne día del bautizo era ocupadísimo en todas las casas pudientes; ya engalanando la alcoba con brillantes cortinas de damasco y colocando en su lugar los almohadones, colcha, rebocillo, chambra y papalina, cuajados de riquísimos encajes; ya embelleciendo la criatura con recamados naguados y faldillas, precioso tocado y rosario de perlas orientales; ya poniendo el artístico lazo de ancha cinta a la monumental hacha de blanquísima cera; ya preparando el suntuoso banquete del mediodía; ya finalmente vistiendo cada cual las mejores y más escogidas galas para asistir a la ceremonia.

A las once de la mañana salía el numeroso cortejo con reposada circunspección y se dirigía a la iglesia del Seminario, única parroquia de toda la ciudad. El padrino desempeñaba allí con notable ostentación su cristiano cometido; luego remuneraba al cura con una onza de oro, regalaba doblonCillos a los sacristanes, daba crecidas limosnas a los pobres que esperaban en la puerta y distribuía anices y almendras confitadas con singular profusión. Al regreso, volvía a tomar la criatura y se la daba a la madre diciendo: "Comadre, usted me entregó su hijo pagano y yo se lo devuelvo cristiano".

El padrino tenía que cumplir todavía otro ineludible deber; había de ir provisto de tres ricas cajas llenas una de rapé, otra de tabaco negro y otra del verdino para com-

placer el gusto, durante todo el día, de las muchísimas personas de ambos sexos que sorbían el polvo con indecible delicia.

A la una de la tarde se servía el opíparo banquete.

Estos gastos y el de las cuarenta gallinas que debía consumir la parida en su cuarentena de convalecencia, eran insignificantes en comparación del de los nueve días de visiteo. A las visitas que iban por la mañana se les daba una taza de substancioso caldo y una copa de vino generoroso con dos bizcochos lustrados. A las que iban por la tarde desde las cuatro hasta las ocho de la noche, que eran numerosísimas, se las obsequiaba con un jicarón de rico chocolate, bizcochos lustrados y rosquetes; una tacilla de dulce con bollos de sustancia, mantecados, tortitas de almendras dulces y amargas, bollos de refrescos, etc., etc. Si era tiempo de helados se servían con bizcochos llanos; si no lo era, se suplían con agua fresca y panales.

El marido, cuya consorte le daba cada año un nuevo tomo de la obra de su progenie, si no quedaba arruinado a la novena o décima entrega, podía alabarse de tener los riñones bien cubiertos.

En las clases de corta conveniencia variaban las costumbres, tanto en la ciudad, como en los demás pueblos de la isla. Desde la primera noche del día del parto hasta la novena, todas las vecinas y conocidas de la parida y algunos hombres entraban en la habitación y no salían hasta medianoche, dejando dos o tres en vela, mientras no aclarase el día. Las horas de las veladas se entretenían con cuentos más verdes que blancos, con juegos de prendas intencionados y picarescos, con alguna descamisada o desgranada, o charlando y mascullando **gachafisco** o piñas asadas.

El bautizo se efectuaba a los nueve días con repique de campanas. Si el padrino era rumboso tiraba puñados de cuartos desde la puerta de la iglesia; si no podía tanto echaba almendras confitadas y si era pobre sembraba **gachafisco** o algunos cigarrillos de papel. El que nada daba lo pasaba mal con la silba y la gritería de los muchachos.

La "última" se celebraba la noche del bautizo costeando el padre y el padrino el gasto de un tercio de vino, una o dos botijas de aguardiente, algunas roscas y torrijas, anices y almendras confitadas. El baile con música de tiple y guitarra empezaba temprano y en cada intermedio se repartía vino o aguardiente con algo de lo de-

más que había. Generalmente el baile y los alegres cantares se mantenían en buen orden hasta la una o las dos de la mañana; pero desde esta hora en adelante era muy raro que los cascos calientes con la bebida no dieran lugar a alguna disputa, cuyo motivo siempre se buscaba. Entonces uno de los hombres apagaba el candil con un garrotazo y se armaba dentro y fuera del aposento una paliza general que no terminaba hasta que cansados, molidos y achichonados iban poco a poco dispersándose.

La "última" que no concluía de este modo, no merecía la nota de buena.

¿En qué se apoyaba la costumbre de los nueve días de veladas a las paridas de corta conveniencia?

Es tradición que fue muy frecuente el hecho de que los recién nacidos amanecían muertos y amoratados en la misma cama de sus madres. Este desgraciado suceso se atribuía a las brujas que entraban callandito y les chupaban la sangre. En vano para evitarlo se les puso tras la puerta la escoba con las ramas arriba, ni las tijeras abiertas en cruz debajo de la cama, ni el palmo bendito del Domingo de Ramos a la cabecera, ni la aspersión de agua bendita en toda la casa; las brujas se manifestaban siempre reacias. Entonces para contenerlas, algunas piadosas vecinas empezaron a velar, teniendo en brazos a la criatura, al paso que rezaban sus devociones. El remedio fue eficaz y se arraigó la costumbre de velar las paridas quienes recompensaban las veladas con un baile la novena y "última" noche.

No es necesario decir que los niños morían asfixiados por sus propias madres que en una vuelta de su profundo sueño los oprimían con el peso de su cuerpo.

UN BANQUETE Y UN ENTIERRO. EL COMPADRE MOLINA

Hay hombres que de tiempo en tiempo aparecen y brillan en la sociedad, como si fueran una especial providencia de los pueblos. Unos se distinguen por su aptitud y celo para enaltecer la magnificencia del culto y suntuosidad de los templos; otros, por las reformas, mejoras, embellecimiento y ensanche de las poblaciones; éstos, por los importantes y complicados proyectos de las activas vías de comunicación terrestres y marítimas; aquellos, por el progreso de la instrucción y el desarrollo de la vida intelectual; esotros, por el esplendor y propagación de las bellas artes; y por fin, algunos, en más modesta esfera, por ser el auxilio y genio bienhechor de las familias.

A estos últimos pertenecía el compadre Molina. A pesar de que no se le conocía oficio ni beneficio, se desvivía por servir a todos sus conocidos de alto y acomodado copete. El compadre Molina, que así lo llamaban todos, era el introductor obligado de los distinguidos forasteros que llegaban a la ciudad; el que diariamente refería en todas las casas las noticias y chismografías que había recogido en la botica de las Cadenas; el que registraba con asiduo empeño todas las tiendas, para presentar a las señoras las muestras de lo más nuevo y notable que había llegado; el solicitado y llamado para todos los acontecimientos caseros; el que era, en fin, el confidente de las niñas contrariadas en sus amores; el amparo de las casadas comprometidas; el consuelo de las jamonas jubiladas; y, en una palabra, el "factótum" de la buena ciudad.

Era de actualidad un copioso banquete para celebrar el día del santo de un personaje; y ya el compadre Molina se hallaba en la plenitud de sus funciones para disponerlo todo, sin que nada escapase a su exquisita previsión.

En aquella larga mesa, cubierta de blanquísimo mantel, no había como ahora, flores, ni centros de mesa, ni otros adornos de igual género; todo el espacio estaba dedicado a las nutritivas y abundantes viandas. Frente a cada asiento aparecían cuatro platos llanos y uno hondo con servilleta, cuchara, cuchillos y tenedores, un vaso, una copa y un panecico de refinada harina. Una botella de vino rancio (en tales días no se bebía otro) para cada dos

personas y otras tantas llenas de agua. Un platito de aceitunas y otro de anchoas frente a cada cubierto y varias ensaladeras de habichuelas, lechugas y pepinos.

Servida la sopa de fideos finos hecha con caldo muy substancioso, venía el tradicional puchero (nunca faltaba), compuesto de grandes trozos de carne de vaca y de carnero, dos gallinas, chorizos y tocino con garbanzos y las interminables verduras de papas, batatas, coles, habichuelas y **piñas** tiernas, calabacinos, cebollas y peras. Después de esta suculenta entrada, cubrían la mesa los guiseros con diversas composiciones, en las que casi nunca faltaban las albóndigas, el genovesado de revoltillos y patas de carnero, riñones en tomatada, lampreado de anguilas, guiso de pichones y oloroso estofado. Desalojados los principios, aparecían las viandas fuertes, ocupando el centro un jamón entre dos pavos asados y en cada extremo una hermosa bola de carne mechada y un cuarto de ternera rodeado de papas asadas en la salsa. Todo esto se trinchaba y se repartía en la misma mesa con artística inteligencia. Llegaban, al fin, los postres y en ellos lucía el compadre Molina su exquisito gusto, convirtiendo la mesa en un ameno jardín de dulces y frutas. En el centro se elevaba una embellecida torta de mazapán, dominada por una blanca paloma de alfeñique en cuyo pico ostentaba una cinta con un versito en loor del obsequiado; a los lados dos bandejas con copas llenas de huevos moles; otras dos de crema y de manjar e igual número de otras rebozando buñuelos y huevos hilados embebidos en almíbar. A los lados innumerables platos y bandejas de plata con variados dulces, confituras y frutas de la estación. En varios intermedios tres riquísimas licoreras con los licores que entonces se conocían de almendra amarga, corteza de naranja y anisado. En este alegre término del convite descargaba el diluvio de los preparados brindis de verso y prosa en obsequio del espléndido anfitrión. El café no gozaba todavía el privilegio de despedir a los convidados.

Pero donde más se desplegaba la actividad e inteligencia del compadre Molina era, sin duda, en la defunción de una persona de alta categoría. Desde el fatal momento, ya tenía dispuesto el barbero para sangrar, como era de rigor, a toda la familia dolorida y al paso que distribuía la bebida antistérica, llevaba de prevención un manojo de plumas de gallina que quemaba para hacerlas oler a las señoras que, en señalada ocasión, debían histericarse en re-

cuerdo del difunto. Luego entraba en la sala y en un santiamén la despejaba de cortinas de damasco, de cornucopias, espejos, cuadros, láminas y tapetes y, cerrando puertas y ventanas, echaba el sahumerio de incienso. Desde allí, con el testamento en el bolsillo, iba en casa del Deán para obtener la orden de que la Catedral hiciera la señal y diera los solemnes dobles de Regidor perpetuo. Después a comprar el hábito de mortaja y avisar a la parroquia y a los tres conventos para que, tanto el clero catedral y parroquial, como las tres comunidades, viniesen cada cual a su vez, a la casa mortuoria, primero a los responsos y más tarde, según la hora convenida, a la procesión fúnebre con todas las hermandades y congregaciones para celebrar con ostentosa solemnidad la vigilia, la misa de réquiem y el responso final de cuerpo presente. En este acto, cuidaba mucho el compadre Molina que no faltasen los veinticuatro blandones de cera amarilla, la pipa de vino, las doce fanegas de trigo y los carneros blancos de la ofrenda. Hecho al fin el sepelio con toda pompa, volvía el compadre a la casa para preparar el refresco que por las tardes y noche de los nueve días se había de dar a los visitantes, poniendo singular esmero en que no se sirviesen bizcochos lustrados, ni tacillas de dulce ni panales, que en tales días de reciente duelo estaban proscriptos.

También durante los nueve días de visiteo se resignaba el bueno de Molina a permanecer encerrado en la obscurísima sala para guiar a todos los que entraban, llevándolos de la mano, como si fuera a jugar con ellos a la gallinita ciega.

Despidámonos de este servicial amigo y de todos sus enlutados, repitiendo a estos las únicas palabras que se pronunciaban en tales visitas: "Dios le dé a usted larga vida para rogar por el difunto".

INDUMENTARIA

No es posible formar ni una remota idea de la enorme diferencia que hay entre los vestidos que se usaron en la isla hasta muy entrado el siglo actual y los que al presente se llevan; para bosquejarla nos limitaremos a indicar dos tipos: el de los trabajadores del campo y el de los señores de la ciudad.

En los días ordinarios de verano y de las estaciones medidas, el vestido del labriego era, zapato blanco de vaqueta (solado), pierna desnuda, braguillas muy holgadas de lienzo casero (calzoncillos), camisa del mismo género, largo ceñidor de estameña azul, en cuyo lado izquierdo se alojaba el largo, ancho y puntiagudo cuchillo de labranza, metido en su vaina, montera cónica de paño azul con borla de seda negra y visera pequeña forrada de franela encarnada. De esta montera se desprendía una pequeña manga (embozo) que en verano caía sobre el pescuezo.

En invierno añadían unas polainas hechas a punto de aguja; calzones cortos de paño burdo sujetos a la rodilla, dejando fuera una parte de los calzoncillos; almilla de paño con botonadura de la moneda llamada **fisca;** capote blanco de fieltro con mangas, sujeto con el ceñidor; cuchillo y montera embozada cubriendo los lados de la cara, el cuello y el pescuezo. En la mano un garrote de madera elástica de cinco a seis pies de altura.

Los labradores de mediana conveniencia usaban en vez del capote, una aguarina de paño, una capa de anascote pardo y un sombrero negro de fieltro.

Las mujeres vestían ordinariamente zapato blanco de vaqueta, enaguas de anascote pardo, jubón de franela a media manga, camisa abrochada al cuello y medio pañuelo en la cabeza atado debajo de la barba.

En los días festivos usaban zapatos negros de becerro, enaguas muy anchas de lamparilla listada de vivísimos colores, justillo de paño encarnado abrochado en el pecho dejando ver la camisa finamente plegada hasta el cuello y hasta medio brazo donde terminaba con un encaje; cabello peinado y recogido atrás en una trenza doblada en aldabón o suelta sobre la espalda. Para ir a la iglesia se cubrían con una corta mantilla de franela blanca.

Nuestros antepasados de buena conveniencia se engalanaban con los preciosos vestidos heredados que se transmitían de padres a hijos sin ningún deterioro. Hasta los primeros años de este siglo, sólo se usaban riquísimas telas, como damascos, terciopelos de Utrecht, brocados, muarés, lamas de oro y plata, etc., adornadas con encajes de Flandes, galones, franjas y flequillos de oro y plata y aún con perlas orientales y piedras preciosas.

Las señoras vestían en las fiestas solemnes cofias riquísimas; brillantes justillos emballenados; briales espléndidos muy holgados para alojar el tontillo, cuando se ponía; batas de alto precio; medias de seda de varios colores y zapato escarpín con tacón alto de madera dorado o plateado. Numerosos anillos y aderezos de perlas o de piedras preciosas en la garganta.

Los caballeros llevaban zapatos negros con hebillas de oro; medias de seda; calzón de variadas telas sujeto a la rodilla con un broche esmaltado; finísima camisa bombacha de chorrera y bocamangas de ricos encajes; almilla de seda bordada; espléndidas casacas de anchos faldones; corbata de encaje; peluca o pelo largo empolvados; coleta; sombrero tricornio debajo del brazo; dos relojes con dijes y cadenas; espadín o bastón alto con empuñadura y abrazaderas de oro.

Estos vestidos en los días ordinarios sólo variaban en la calidad de las telas y de los adornos.

Tanto fausto y tanta riqueza en el vestir empezó a decaer desde el término del siglo pasado; y aunque en nuestro país duró algunos años del actual, cayó al fin víctima de una reacción mezquina con el predominio en los hombres de las anchas capas españolas de paño y en las mujeres con el ridículo tapujo llamado manto y saya.

Las capas españolas no tuvieron razón de introducirse en una población como la nuestra, de temperatura media, donde son desconocidos los fríos; y sin embargo, se prodigaron tanto, que hasta en verano se veían en las calles muchas personas con sus capas embozadas, poniendo bien de manifiesto que no las llevaban para abrigarse, sino para cubrir el desaseo y deterioro de sus vestidos. Las encubridoras capas continuaron dominando hasta la mitad de este siglo.

El manto y saya, que duró en nuestra ciudad tanto como la capa española, no tiene analogía sino con el disfraz que en nuestra nación usaban las dueñas, las tapadas y

las busconas. ¿Cómo y por qué lo aceptaron con tanta generalidad nuestras damas? ¿Es que la mujer tenía interés en guardar el incógnito, o sus deudos le imponían el precepto de no dejarse ver? Difícil es acertar con la respuesta.

El manto era una holgada toca de alepín negro que menudamente plegada a la cintura, cubría el medio cuerpo, tapando la cabeza, la cara y el pecho. La saya de la misma tela y color se ajustaba también a la cintura y descendía con anchos pliegues hasta los pies. Con este sobre vestido estaba siempre la mujer dispuesta a salir de casa, sin cuidarse más que de su calzado.

El manto y saya no debe juzgarse por su aspecto tétrico y modesto en apariencia; era un cobertor hipócrita que ocultaba no poco lujo y mucha coquetería. La mujer, antes de encerrarse en aquel negro cucurucho, peinaba con esmero sus cabellos, adornaba su garganta, se colocaba bonitos zarcillos, llenaba sus dedos de anillos y reunía en torno de su pecho todos los atractivos de un nido de amores. A esta poderosa batería agregaba lustrosas medias de seda y ligeros escarpines en sus pequeños pies.

Ataviada así, no había aventura que no emprendiese ni deseos que no satisfaciera favorecida por su disfraz. He aquí uno de los más comunes.

Sale de su casa la caprichosa dama y, cubriendo bien su busto, se desliza con ligero paso y garboso continente delante del grupo de curiosos mancebos que ocupan determinados sitios que ella conoce. Los jóvenes pretenden conocerla y la siguen; ella apresura el paso y en una de las vueltas alza al descuido la saya y descubre el pequeño pie y parte de la seductora pierna. Enciéndense los deseos de los perseguidores y se aproximan más a la misteriosa dama que, fingiendo temor de que se le haya desordenado el manto, saca para arreglarlo su bella mano adornada de anillos. Todas las miradas se dirigen con insistencia a descubrir su rostro; pero sólo aparece allá en penumbras el solitario ojo que, en aquel fondo oscuro, brilla como un carbunclo. La tapada, al fin, aparentando temor por la persecusión y como si la sofocase el cansancio, procura recibir fresco, abriendo el manto, sin descubrir la cara y deja ver por un momento todos los encantos de su seno seductor. Este es el instante crítico que apetecía y dirigiéndose, como por casualidad, al que de intento buscaba, le dice en

secreto algunas palabras y se pone sin descubrirse bajo su amparo.

No se crea que esta escena y otras análogas son obras de la imaginación: eran hechos que con alguna variedad se realizaban con frecuencia a costa del decoro conyugal. Hay que confesarlo; el manto y saya fue un traidor disfraz que se prestaba a todas las travesuras, a todos los trapicheos y a no pocos "qui pro quo" de graves consecuencias.

Si la mujer es muchas veces temible a cara descubierta, ¿cuánto más no habría de serlo usando impunemente el incógnito?

Todos los maridos estuvieron de enhorabuena cuando la moda, a pesar de ser tan loca, tuvo la cordura de matar el manto y saya.

INSTRUCCIÓN PÚBLICA

Si pudiéramos ser indulgentes con la culpable apatía de nuestros mayores en todo lo que se refirió a las mejoras materiales de la abandonada ciudad que caminaba a su ruina, no lo podemos ser con la fatal indiferencia con que miraron la absoluta carencia de la instrucción primaria que condenaba la juventud a la más estúpida ignorancia. Este profundo mal no empezó a remediarse hasta que afortunadamente brilló en la ciudad de Las Palmas la ilustrada y patriótica "Sociedad de Amigos del País" que fue entonces y ha sido hasta hoy el paladín de su progreso de civilización. Fundada en 1777, poco tardó en instalar a su costa y en una casa de su propiedad la primera escuela de varones; y luego, con las mismas condiciones, la Academia de dibujo que aún subsiste bajo su vigilancia.

A pesar de estos y otros innumerables esfuerzos que hizo la benemérita Sociedad para introducir notables mejoras con inquebrantable constancia, el ramo de instrucción primaria dejaba mucho que desear, principalmente en lo tocante al bello sexo que careció de toda fuente de educación.

Analizaremos, para mayor claridad, cada uno de los establecimientos de instrucción que poseyó esta ciudad hasta el primer cuarto del presente siglo.

1.º—Amigas.

El vulgo las llamaba "Migas" y tal vez con razón, porque no teniendo nada de amigas, les sobraba la causticidad de los ajos de aquel insustancial alimento.

Eran generalmente aquellas mujeres unas solteronas, de celibato forzoso, que, privadas a regañadientes de todo trapicheo varonil y sabiendo apenas leer, apelaban a ganarse el sustento enseñando a los párvulos de ambos sexos, por módico estipendio, lo poquísimo que sabían.

Como no habían gozado las inefables delicias de la maternidad, no veían en las tiernas criaturas que las rodeaban más que seres fastidiosos que exaltaban su bilis con sus lloriqueos, sus mocos y sus apremiantes necesidades.

Sentadas en un sillón y haciendo eternamente calcetas, aquellas arpías tenían siempre a su lado una larga caña con la que descargaban a diestra y siniestra despiadados cañazos sobre las blandas cabecitas, ya porque una de las criaturas se dormía, la otra se desperezaba, aquella hablaba o reía, o esotra cesaba de repetir en alta voz el monótono sonsonete de... b—a=ba... b—e=be. Antes, después y a la hora de la lección los angustiados chiquitines eran continuamente atormentados.

Sólo escapaban ilesos, de las manos de aquellas furias, los niños que diariamente les llevaban golosinas u otros regalos; los demás eran todos medidos con el mismo rasero.

En los sábados con especialidad, como aquellas energúmenas llevaban ya cinco días de rabiosa contrariedad, eran aquellos angelitos bárbaramente martirizados con el repaso de lo que ellas llamaban doctrina cristiana. Desgraciado el que equivocaba una cruz del presignado, o suprimía un por mi culpa de la confesión, o el Poncio Pilato del credo, etc. Ese día quedaban los pobrecitos acribillados de pellizcos, coscorrones, tirones de orejas y cañazos.

Calcúlese a qué altura estaría la enseñanza con tales maestras y cuan lastimosamente perdían el tiempo los inocentes niños en semejantes escuelas.

2.º—Escuelas.

Eran dos y ninguna buena. Una en Vegueta y otra en Triana. De esta voy a tratar con experiencia propia, porque tuve la desgracia de pasar en ella las mayores amarguras de mi niñez.

Regentábala el señor Laguna, anciano respetable y bondadoso; pero este buen señor padecía tan atrozmente de jaquecas que muy rara vez asistía a la escuela. Su pasante Cardona era el reverso de la medalla y nos atormentaba a su sabor.

Era el tal Carodna un hombrecillo flaco, de color cetrino, cabeza apepinada, cabello lanoso, frente casi nula, cejas erizadas, ojos plegados, nariz de pico de cernícalo y boca tan hendida que la comisura de sus delgados labios casi acariciaban los pulpejos de sus largas orejas. Sorbía tanto tabaco verdino que con el que caía sobre su camisa, almilla y chaqueta se podía surtir una tercena. Su voz era chillona y notablemente gangosa.

Partidario acérrimo, como casi todos los maestros de su tiempo, del maldito refrán "la letra con sangre entra", siempre estaba dispuesto al castigo. Con sus desentonados gritos y con su palmeta de tea, que nunca dejaba de la mano, nos aterrorizaba de tal modo que cuando nos llamaba a dar lección, íbamos con los ojos tan velados de miedo que no acertábamos una palabra. Para mayor desventura, desde que nos acercábamos a la atmósfera de tabaco que lo envolvía empezábamos a estornudar y raro era el estornudo que no nos costase un capón, un pellizco o un tirón de orejas. Con tantas contrariedades, ya puede suponerse como saldrían las lecciones y como quedarían ardiendo nuestras manos con la palmeta y nuestras asentaderas con los azotes.

Un chico tuvo la desgraciada ocurrencia de taparse con algodón las ventanas de la nariz para evitar el estornudo que tan caro costaba. ¡Nunca lo hubiera hecho! Apenas empezó a leer con notable gangueo, el terrible dómine, creyéndose remedado, saltó de su asiento como si le hubiese picado una víbora, dio un atroz guantazo al aturdido muchacho que, a pesar de sus disculpas y lágrimas, fue llevado al fatal rincón donde el iracundo pasante se cansó de darle azotes en cueros vivos.

Las horas de escuela eran un infierno de gemidos, clamores y llanto. Un día el furibundo pasante me descargó un bofetón que me lastimó un ojo y se me inflamó. ¡Bendito bofetón! Desde entonces no volví a ver al señor Cardona a quien Dios haya perdonado lo mucho que me hizo sufrir y lo poco que me enseñó.

Lo que acontecía en la escuela de Triana, era el reflejo, algo atenuado, de la de Vegueta y aún de la clase de primer año de latín en el Seminario, donde también se prodigaban los palmetazos y los azotes a cuerpo desnudo.

Ni aún con estos castigos quedaban satisfechos los implacables maestros; ponían a sus discípulos con los brazos en cruz sosteniendo en las manos pesadas pautas y llegaron (parece imposible) a sacarlos a la puerta de la calle con mitra y mandil de papel, en el que habían pintado sapos y culebras a imitación de los sambenitos inquisitoriales.

El resultado de estos crueles castigos era que los niños aborrecían la escuela, huían de ella, se fingían enfermos, perdían la vergüenza y los sentimientos de dignidad, se hacían embusteros, hipócritas, vengativos y cobardes.

3.º—Academia de dibujo.

Este establecimiento dio al principio de su fundación brillantes resultados y durante muchos años regular estado de aprovechamiento. Pero como la enseñanza se daba por la noche, algunos jóvenes traviesos y desaplicados empezaron a introducir el desorden, y formaron una cuadrilla que con sus atrevidas travesuras llegó a hacerse temible en la ciudad con el nombre de los "muchachos de la academia". Para cortar este mal fue necesario suspender la enseñanza por algún tiempo y cuando volvió a funcionar, sólo dio medianos o malos resultados, según las aptitudes de los maestros que la han regentado.

4.º—El Seminario Conciliar.

Este establecimiento eclesiástico era el único de instrucción secundaria y de ciencias teológicas. Fue colegio de la Compañía de Jesús y en 1777 el digno obispo señor Servera, de gratísimo recuerdo, lo convirtió en Seminario. No voy a hacer su historia en la cual hay períodos de brillante enseñanza y otros de lamentable decadencia Uno de estos me tocó en el quinquenio de 1818 a 1823 y a esta sóla fecha se refieren mis apreciaciones.

En el Seminario se enseñaba bien el latín, la ética y la teología; no obstante que, entonces, se atribuían a esta enseñanza tendencias al Jansenismo.

En general las asignaturas de filosofía eran unas imperfectas y otras desconocidas.

La lógica, después de unos cuantos conceptos generales, se reducía al arte de argumentar silogísticamente con sus arteras premisas y su traidora consecuencia. La torturada defensa encerrada en el nego, concedo y distingo, se encontraba a veces tan comprometida con el contundente ergo y envuelta en tal embrollo, que llegaba a ser imposible descubrir donde se hallaba la malaventurada verdad. La victoria era casi siempre del contendiente más listo o más atrevido.

La metafísica era un galimatías tan intrincado de sublimes conceptos, de idealismos sobrenaturales y de abstracciones tan exageradas, que ni los profesores ni los discípulos llegaban a entenderse.

Las matemáticas apenas saludaban el álgebra.

La física no pasaba del estudio teórico de las propiedades generales de los cuerpos.

La geografía, la historia, la química y la historia natural... Dios guarde a usted muchos años, ni por el forro las conocí en la época a que me refiero.

No se crea por esto que faltaban en esta ciudad personas muy doctas, especialmente entre los eclesiásticos; pero estos brillantes astros, que no difundían sus luces en el Seminario, habían ensanchado sus conocimientos o viajando por Europa, o alimentando su ilustración con escogidos libros, o eran en su mayoría restos venerandos del justamente célebre Colegio de los PP. Jesuitas, que amantes de las ciencias exactas y naturales las enseñaban en toda la extensión que alcanzaban cuando en 1773 los sorprendió el decreto que privó a esta provincia de aquella eficaz fuente de progreso intelectual. Entonces quedaron las islas Canarias condenadas al atraso de casi un siglo de ilustración.

LAS FOLÍAS

No creo que el baile, como pretenden algunos, sea una aberración, una locura del humano entendimiento. La viva expansión del baile es tan natural en los momentos de alegría, como el desalentado reposo lo es en los de tristeza. Ni se diga que ha sido una invención del refinamiento social; porque el baile existió en todas las solemnidades de los antiguos pueblos y en los acontecimientos notables de las hordas salvajes.

Tampoco estoy conforme con el anatema que sobre los bailes han lanzado los rigorosos moralistas, atribuyéndole la perversión del bello sexo. Esta afirmación sólo puede apoyarse en el abuso; y en tal sentido, nada quedaría, de tejas abajo, que no pudiera ser anatematizado.

Reprobable es consentir el asqueroso can-cán y todos los bailes deshonestos y desvergonzados; como lo es igualmente el dejar sin corrección y castigo a los atrevidos que faltan al decoro y delicadeza que exige y se deben tributar al bello sexo.

Cierto es que la avasalladora moda ha desnaturalizado el baile; pero, si fuéramos a proscribir todo lo que ella ha alterado, tendríamos que volver a las hojas de higuera de nuestros primeros padres.

¡Válgate Dios exordio...! Tanto circunloquio para decir que nuestros abuelos apenas conocieron la malagueña, las seguidillas y el fandango; su baile preferente y dominante fue el de las folías en todas sus fiestas y diversiones.

¡Las folías! He aquí un baile genuinamente canario. Su reposo y comedimiento rechaza la palabra castellana anticuada "locura"; el baile español con mudanzas, ejecutado por una sóla persona y acompañamiento de castañuelas, lo mismo que el portugués muy ruidoso que se bailaba entre muchos. Así, pues, las folías canarias no tenían ni tienen semejanza con ningún baile nacional ni extranjero: el galán y la dama nunca se tocan ni se aproximan; aquel, en sus pasos y acciones, siempre demuestra sus respetos a la compañera. Todo esto estaba muy en armonía con el profundo acatamiento que tributaban nuestros aborígenes canarios a todas sus mujeres. Con tales condiciones y la de la remota antigüedad de las folías en

esta isla, hay sobrada razón para asegurar que fue baile de los antiguos canarios, conservado sin alteración por nuestros mayores hasta bien avanzado este siglo y digno de que se conserve siempre como recuerdo de aquella interesante raza.

Las folías canarias son reposadas, ceremoniosas y serias. Su música especial tiene el mismo carácter, participa del tipo plañidero del tradicional arrullo canario y aún del cadencioso, grave y acompasado canto del gañán para adormecer a sus bueyes cuando surca despacio y con cuidado un terreno desigual.

Al empezar la música, siempre de guitarra, las damás sentadas, graves y silenciosas, como si se prepararan para un acto solemne, esperan que avancen los donceles que se hallan reunidos a la puerta de la sala. Desde que suena la música se adelanta el galán y a una respetuosa distancia, con el sombrero en la mano, hace una reverencia mirando la pareja que ha elegido y pronuncia delante de ella la voz ¡Aires! ¿Sabéis cuántos conceptos elocuentes encierra en sí esta breve exclamación...? Preguntádselo y os responderá que ha querido decir... "Señora y dueña de mi albedrío, os suplico que dejéis ese asiento en que os consumís de calor y triste reposo; dignáos salir conmigo al centro de la sala a espaciar vuestro ánimo y refrescar vuestro gallardo cuerpo, venid a lucir vuestro garbo, a recibir mis homenajes y a oír los laudatorios cantares que inspira vuestra hermosura. No temáis que la preciosa flor de vuestro recato se marchite ni aún con la mirada de vuestro esclavo, pues nada humano se atreverá a tocaros..."

La dama se levanta y, colocándose a cierta distancia frente a su pareja, baja sus modestos ojos, arquea sus brazos y, moviendo suavemente su talle, da acompasados pasos adelante, atrás y a los lados, guardando siempre la misma distancia; si su compañero avanza, ella retrocede; pero si él se aleja, ella adelanta sus pasos en señal de reconciliación, como si temiera haberlo agraviado al retroceder. Así empieza el baile, marcando el compás con un suave castañeteo que produce la pareja con sus dedos pulgar y medio de cada mano, hasta que se anima con la copla que en obsequio de la dama canta el mismo galán u otro del concurso.

Al terminar el canto, gira la pareja en semicírculo para seguir bailando en la parte opuesta. Esa vuelta es

un triunfo para la dama, por el donaire y habiliadd con que la ejecuta, haciendo al paso una graciosa cortesía al doncel que se la devuelve con rendimiento. Siguen bailando allí; se repite el canto y, a su término, tornan ambos al sitio primitivo, recogiendo la dama nuevos lauros por la gallardía con que vuelve a conquistar su puesto.

Terminado el baile, hace el mancebo otra profunda reverencia y sombrero en mano sigue en pos de la dama hasta su asiento. Ni una palabra, ni un gesto, ni una mirada indiscreta, han mediado durante el ceremonioso baile, tipo perfecto del hidalgo y galante pueblo que rinde homenaje al hermoso y débil sexo.

Si como creemos las folías fue el baile de nuestros aborígenes, deben tenerse en cuenta cuando se trate de averiguar el grado de civilización que alcanzó aquella inteligente y vigorosa raza.

FIESTAS Y REGOCIJOS

Navidad

Pocas eran las casas que no tuvieran su Nacimiento en forma de risco con muchas cuevas y fabricado con raices de cañas, papel bazo y **poliadas,** gachas; pintado con almagre y decorado con ovejitas, pastores, el portal, la mula y el buey, el Misterio y el angel con su letrero "gloria in excelsis". Unos más sencillos, otros más complicados, todos eran objeto de continuas entradas y salidas para satisfacer la curiosidad hasta el día de Candelaria que terminaba este largo visiteo.

La Nochebuena se dedicaba a la misa de la Catedral y luego a la gran cena de cazuela de gallina y pasteles de carne de cerdo.

En toda la temporada de Pascua estaba la ciudad día y noche atormentada con los "ranchos de cantadores" que cantaban romances con panderos, repiqueteo de asadores, sonajas o cascabeles, bajo el pretexto de pedir para las ánimas benditas.

El día de Reyes había que calafetear los oídos para sufrir los infernales redobles con que la banda de tambores del regimiento felicitaba, hasta que recibía la propina.

Fuera de esto, los días de Pascua hasta Reyes eran obligados a recíprocos banquetes.

Carnaval.

Nuestros progenitores esperaban siempre ansiosos la temporada del carnaval y la prolongaban lo más que podían. Estas diversiones comenzaban la noche del día de Concepción y se iniciaban con comparsas de escogidos disfraces que visitaban las tertulias, donde reinaba la broma y bailaban con los tertuliantes a pesar de la careta. Bien es verdad que siendo entonces muy reducida la población, todas las familias bien educadas eran siempre conocidas. Estas diversiones seguían invariablemente todas las noches de los jueves y días festivos en la mayor parte de las casas pudientes.

También con frecuencia se animaban las reuniones con

varias farsas y sainetes que concertaban los jóvenes y representaban en la casa donde debía terminarse con un baile.

Tan loable costumbre de general fraternidad, era necesario desahogo de una población que carecía de teatros, casinos, bailes públicos, calles alumbradas, paseos, etc., donde esparcir su ánimo.

En los tres días de carnaval casi todas las casas estaban francamente abiertas, desde media mañana a medianoche, para las innumerables máscaras que recorrían las calles con algazara y entraban en las casas a bailar y participar de los refrescos con que las obsequiaban.

El pueblo todo, desde las clases menesterosas hasta las más ricas, tomaban parte activa en estas expansiones, sin que el orden se alterase, ni dominara la embriaguez.

A las doce de la noche del martes, toda la ciudad quedaba súbitamente en sepulcral silencio. La Inquisición vigilaba.

Cuaresma y Semana Santa

El miércoles de ceniza debían empezar los ayunos y las mortificaciones; pero no os adelantéis a compadecer a nuestros abuelos, porque el ayuno que hacían era muy soportable. Jícara de chocolate con una cuarta de pan para la parvedad de desayuno; comida abundante y substanciosa al mediodía; y para colación un plato de migas y otro de orejones o ciruelas pasas cocidos y condimentados con azúcar.

Todos los domingos a las cuatro de la tarde se reunían las familias en la Catedral a oír la plática, y al salir se dirigían a la Plazuela (recientemente arreglada), donde se paseaban y formaban corrillos de amena tertulia.

La Semana Santa era siempre esperada con avidez; porque en tales días lucían sus galas las señoras y los caballeros: ya a ver pasar las procesiones en diversas casas, donde obsequiaban a los concurrentes con confortable refresco; ya de iglesia en iglesia a oir los misereres, sobre todo en las de las monjas; ya finalmente, a recorrer de día las Estaciones con el máximum de lujo que cada uno alcanzaba.

Estos y otros actos terminaban con concurrir el Sába-

do Santo a la Catedral para presenciar el diluvio de aleluyas que caían desde las claraboyas del Cimborio al pavimento y divertirse, cuando concluía la función, con las envestiduras y golpes de la muchedumbre disputándose las aleluyas.

El revienta Judas de Santo Domingo, la procesión del Resucitado en San Francisco y la del jueves de carnal, ofrecían a nuestros antepasados nuevos motivos de ocupación y de ser obsequiados con almuerzos en las casas por donde pasaban las procesiones.

El día de Corpus.

De esta solemne procesión solo referiremos lo que ya no existe. En ella abrían la marcha dos gigantones y otros dos más pequeños llamados **golosillos,** porque daban implacables manotadas a los que nada les ofrecaín; venía después la Tarasca con su enorme boca abierta; seguían los Matachines infundiendo terror y en pos de ellos los Diablillos haciendo mil travesuras. Después de estandartes y cruces, llamaban la atención todos los santos patronos de los conventos, iglesias y ermitas; y últimamente, delante del trono del Santísimo, la Confraternidad de San Telmo que, vestida de gala y con las espadas desnudas, ejecutaba en cada parada una danza en la que hacía con las espadas diversas figuras.

El sabio Obispo señor Tavira, en fin del siglo pasado, dio a la procesión de Corpus la seria solemnidad que actualmente tiene.

San Antonio, San Juan y San Pedro.

Las vísperas de estos días se divertían mucho nuestros abuelos con las grandes hogueras que hacían en las calles y plazas con tanta profusión que la claridad y el denso humo parecían un incendio.

En la tarde de San Juan era de rigor la merienda de brevas en las afueras de la ciudad.

La Naval.

Esta fiesta ha perdido mucho desde que el solitario

puerto de La Luz se ha poblado. Aquel desierto arenoso se convertía el sábado de Naval en una población de ventorrillos y tiendas de campaña para alojar y dar de comer a casi toda la isla que en romería se agolpaba en aquellas playas en cumplimiento de sus promesas. El concurso era inmenso la víspera por la noche. El resplandor de la ermita profusamente iluminada, las hogueras de la plaza, los faroles de los ventorrillos y de las tiendas, los numerosos hachos encendidos, los cohetes y ruedas de fuegos artificiales, los infinitos sonidos de tiples y guitarras, los cantares de folías, malagueñas y seguidillas, los bailes improvisados en cada sitio vacío y las carcajadas e interjecciones de los que pedían de comer y de beber, formaba un conjunto fantástico que no me es posible describir.

El sábado iban y venían las lanchas empavesadas llenas de los romeros que consideraban como obligación dar un paseo por las aguas del puerto.

Noche de Difuntos.

La última fiesta del año era la de esta noche en que se reunían las familias a jugar a la perinola, comiendo castañas y dulces, que saboreaban con buenas copas de vino rancio y con licores, en festiva francachela, cuentecillos chistosos y alegres bromas.

COSTUMBRES MÉDICAS

Con mayor desconfianza de la que siempre me acompaña en la ingrata labor de mis pobres memorias, emprendo la presente, después de haber leído los bien escritos artículos "Al agua patos", de mi digno compañero y amigo don Federico León que, con la sal ática que caracteriza su bien cortada pluma, esparce en ellos preciosas flores que me han de hacer falta para alcanzar alguna indulgencia. A pesar de este grave inconveniente, me resigno a sufrir una derrota, que no será la prime ni la última, antes de dejar un notable vacío en mis recuerdos de antaño. Si es cierto, por otra parte, que "semilia, similibus, curantur", ya que el "Al agua patos" me anegó, no tengo otro remedio que el de "echar mi pecho al agua". Entremos en materia.

Hasta principios de este siglo un sólo médico bastaba y sobraba para la corta clientela que tenía. La buena ciudad nunca se había cuidado de médicos y se contentaba con el que solía traer algún obispo; y si no lo traía, nadie por eso se alarmaba.

Los cirujanos no fueron conocidos en el país hasta el año de 1811 en que el doctor Roy fijó en él su residencia.

¿Es que entonces no había enfermedades, ni fracturas, tumores, partos laboriosos, etc., etc.? No: es que nuestros benditos abuelos vivían a la buena de Dios; es que estaban aferrados en que lo que está de Dios no puede faltar; es que confiaban más en sus curanderos que en los médicos; es, en fin, que en los casos de gravísimas dolencias, todavía contaban con el poder de los santiguadores y más aún con el de los misteriosos sortílegos. De esta mezcla de fatalismo y superstición, de ignorancia y apatía, resultaba el desprestigio de los médicos y la fama de los curanderos y demás manipulantes.

Los curanderos eran muchos; unos especialistas y otros de general competencia. Citaremos algunos ejemplos.

Si una persona estaba flaca, macilenta, sufría ansiedad y desfallecimiento (fatigas), tenía el pomo descompuesto y llamaba a la señá Barbarita que con rezos y fricciones llamaba el **pomo** a su sitio, colocaba en la

boca del estómago la **afrechada** (salvado, orégano, agua y vinagre) y a los tres días de estos manejos colocaba en el mismo sitio el emplasto de ungüento contra rotura.

El que con los mismos síntomas sufría tos y cansancio, tenía la espinilla caída y acudía al maestro Higuera que con ventosas secas y un mes de caldo de perritos mamones quedaba remediado.

En las niñas histéricas y en las opiladas, estaban la **madre** fuera de su sitio y se entendían con la tía Jacinta que con sus pócimas, ungüentos y refregones obligaba a la andariega y revoltosa **madre** a volver a su domicilio.

Para los retortijones y cólicos era insustituible el tío Lanero que sobaba el vientre con aceite de tártago, hundía el puño en diversos puntos murmurando rezos, abrigaba la barriga con lanas calientes y daba a beber una taza de agua de pazote.

Si se trataba de lamparones, empeines, etc., sólo el Conejero sabía escoger en sazón la **yerba mora** y destilar su jugo en los oídos en ciertos y determinados días de lunación.

Para los tabardillos no había otra que la señá Leonarda que ordenaba caldo de **chuchangos,** sinapismos de afrecho, ajos machacados y vinagre, ayudas de cocimientos de lentejas y en las muñecas una tira de bayeta empapada en vino caliente y polvo de canela.

En las tercianas era práctica general frotar el espinazo a la hora del frío con media naranja agria cargada de sal fina y dar al enfermo un vaso de vino caliente con clavo de especia molido.

Las diversas afecciones de vientre de los niños **(ajiteras)** eran gravísimas a causa de los remedios que se empleaban. Primero el lamedor de ruibarbo; luego el zumo de apio; más tarde el agua de añil y por último como remedio soberano, el azogue a cucharaditas.

A la cabeza del enjambre de curanderos sobresalía por su fama general la "médica de Tara" en Telde que trasmitía de madres a hijas su ciencia y sus secretos. Era consultada comúnmente llevándole las aguas de los enfermos y por ellas decidía la enfermedad. Los medicamentos eran preparados secretamente por ella misma y ordenados con misteriosas prevenciones en cantidades, días y horas, de una manera tan complicada que, si el enfer-

mo se moría, siempre tenía la culpa los que no habían sabido ejecutar sus órdenes.

Encima de la práctica curandera era de uso añejo y general la sangría, no sólo en las enfermedades, sino en salud, como medio preventivo. Todos los años en junio no podía faltar la sangría por San Antonio y la de "emparejar" por San Juan. Las embarazadas se sangraban a los tres meses y repetían la sangría a los siete. El que se caía, o recibía un golpe, o se había asustado o tenía una mala noticia, era la sangría el primero y más indispensable auxilio.

En resumen: el médico descansaba; los curanderos andaban afanados; los barberos no soltaban la lanceta de la mano y el pueblo, resignado con su suerte, seguía impávido el camino de la vida, conforme con el adagio "el muerto al hoyo y el vivo al bollo".

MAL DE OJOS, MALEFICIOS, SORTILEGIOS Y BRUJERÍAS

Ligada con las prácticas médicas de los curanderos estaba la de los desfacedores de diabólicos entuertos; es decir, que cuando aquellos no podían curar, entraban éstos a ejercer su nigromántico oficio.

El "mal de ojos" era casi siempre casual y producido sin mala intención. Dependía de cierta fatal propiedad que tenían algunas mujeres de enfermar a los niños gordos y graciosos, si al fijar sus ojos en uno, no decían Dios lo guarde. Siempre que un niño se desmejoraba y enflaquecía rápidamente, era, en concepto de la familia, víctima del "mal de ojos" y se necesitaba santiguarlo a toda prisa; pero en tales casos no se obtenía buen éxito, si no había un ser viviente a quien transmitir el mal y generalmente era algún perrito el que pagaba las culpas ajenas.

El maleficio, **maljecho,** era siempre muy grave y causado con dañina intención. Para remediarlo se acudía a los más afamados y diestros santiguadores; y no pocas veces ocurría que, a pesar de los repetidos santiguados, el mal continuaba sus estragos. Esta rebeldía se tomaba como signo positivo de que el maleficio estaba ligado con sortilegio.

Se conocían tres santiguados con el nombre de menor, mayor y del monte. Los tres exigían rezos, aspersiones de agua bendita y una vela de cera encendida; pero el más ejecutivo y eficaz necesitaba para las aspersiones un ramo de laurel bendecido el Domingo de Ramos, una vela bendita el día de Candelaria, limosna a las almas del purgatorio y variadas oraciones. Según la clase del santiguado, así era su precio.

Los maleficiados con sortilegio no podían curarse con los santiguados, porque el maleficio estaba concentrado en un muñeco que, acribillado de diabólicos alfileres y agujas causantes del mal, estaba enterrado en sitio tan oculto que sólo una que otro persona privilegiada podía descubrirlo. Generalmente la sortílega era una mujer, con honores de bruja, que envuelta en el misterio nunca se dejaba conocer y hacía sus tratos por el intermedio de tercera persona de íntima confianza que participa-

ba del producto de sus truhanerías. La farsa empezaba por exigir una crecida cantidad que había de invertirse en sufragios y limosnas para tener propicias a las ánimas del purgatorio. Durante semanas y meses enviaba al paciente unturas y pócimas con objeto de ver si por casualidad lo curaba, y daba a entender a la familia que ya iba en camino de descubrir el muñeco; pero que necesitaba más dinero para mayores sufragios. Con esta táctica iba ganando tiempo para conseguir una de dos cosas: o se moría el enfermo ya en víspera, según ellas, de descubrir el muñeco, o por casualidad se curaba y entonces era espléndidamente recompensada.

De estos lances conocí muchos y entre ellos el último con una amiga mía que, anhelando salvar la vida de una persona queridísima, fue víctima de aquella trama infernal.

Hasta principios del siglo actual era muy contado el pueblo que no señalase con misteriosa reserva tres o cuatro mujeres generalmente viejas y estrafalarias que eran tenidas por brujas, sin que tampoco faltaran vecinos que asegurasen que después de anochecer las habían visto salir desnudas por la chimenea montadas en un **pírgano,** mango de escoba, y correr por el aire, como una exhalación, a reunirse con sus compañeras en determinados sitios que todavía se conocen con el nombre de "llanos de las brujas". Allí se ponían a la orden del negro Cabrón con el que se celebraban sus aquelarres; allí bailaban con loca algazara; allí resonaban sus gritos y carcajadas que se oían a larga distancia y de allí salían a consumar sus diabólicas fechorías hasta cerca de la hora en que canta el gallo.

Todos los acontecimientos inexplicables y todos los delitos ocultos se atribuían a las brujas. Ya se chupaban la sangre de los niños recién nacidos; ya jugaban a la pelota con un desdichado hasta dejarlo molido como el acemite; ya arrebataban a uno de su cama y sin él conocerlo lo abandonaban en un sitio distante; ya se divertían en dejar a otro sin cabellos y pelado como un huevo; ya sacaban los animales del establo o de la cuadra y los llevaban a causar daño en fincas ajenas; ya abrían las tornas y trastornaban los riegos, que daban lugar a riñas y pendencias; ya en fin, eran causa de muchos incendios.

Los inquisidores, dando oídos a las delaciones de estos supuestos crímenes, contribuyeron mucho a sostener en el vulgo la patraña de las brujerías.

Es notable que la creencia en brujerías, maleficios, etc., fue más firme y general en los tiempos en que la Inquisición tuvo su mayor poder. Cuando empezó a mitigar la severidad de sus rigores, eran menos las fechorías de las brujas; y desde que se suprimió aquel tribunal, desaparecieron aquellas. Quedaron, sin embargo, el "mal de ojos" y los maleficios; pero han ido disminuyendo en razón directa de la cultura y de la civilización.

HÁBITOS RELIGIOSOS

El afán con que nuestros antepasados iban de templo en templo para lucir sus galas y deleitar su vista y sus oídos; el valor que daban a las exterioridades y sus tendencias supersticiosas, inducen a creer que carecían de la necesaria ilustración para tener una verdadera fe cristiana. Analizaremos algunos hechos.

El convento de San Francisco de esta ciudad nunca se distinguió por su aseo. Los pisos de la planta baja eran muy húmedos y la escoba andaba poco por ellos. Los frailes tenían en la portería una capilla en la que daban culto a las imágenes que salían en la procesión del Viernes Santo, a saber, el Crucificado, su dolorosa Madre, San Juan y la Magdalena.

Esta capilla estaba separada de la portería por una verja de madera cubierta interiormente por una cortina a la que el tiempo quitó su primitivo color para engalanarla con los variados del arco iris.

La portería, bastante obscura, era el mingitorio obligado de todos los que entraban y salían del convento, a más de los que al pasar aprovechaban la ocasión de satisfacer alguna necesidad. Para colmo de más inmundicias se reunían allí los más miserables mendigos a esperar la hora en que los legos les distribuían el sobrante del refectorio.

Ya puede imaginarse que con tales agentes de corrupción, la portería era una inmunda pocilga donde dominaba la hediondez; y sin embargo, a ella concurría casi diariamente numeroso público a rezar y cumplir sus promesas a nuestra Señora de la Portería, único nombre con que se conocía aquella Virgen.

La devoción a nuestra Señora de la Portería era general en la isla y se apoyaba en su milagrosa aparición. Según la tradición del Convento, hallándose en La Habana un buque dispuesto a salir para este puerto, se presentaron a pedir pasaje al capitán una viuda con un hijo suyo de aspecto enfermizo; quedaron concertados, pero el día de la salida no aparecieron. A los tres días de viaje llamó la atención del capitán dos grandes cajas dirigidas al Guardián de San Francisco de Las Palmas de Canaria. Nadie las había recibido a bordo. Llegado el barco, entregó

el capitán las dos cajas y abiertas a su presencia, declaró que las imágenes eran fieles retratos de la viuda y del hijo que pidieron pasaje.

Esparcida la noticia de la aparición milagrosa de las dos imágenes, fue instantánea la devoción a la Virgen en su capilla de la portería y se sostuvo con funciones, dádivas y promesas hasta que suprimido el convento y convertida en parroquia su iglesia, fue necesario trasladar a ella las imágenes; como ya no había portería, se le dio a la Virgen el nombre de la Soledad. Esta alteración no fue del agrado del público que consideraba el poder milagroso de la imagen unido a su antigua morada y advocación de la Portería. Algunos años de silenciosa reclusión necesitó pasar la santa imagen para recobrar la devoción que hoy conserva en su actual residencia.

Peor suerte le tocó al Señor de la Vera Cruz en el convento de San Agustín, no por variar de local, sino por variar de imagen.

Ya indiqué en mi folleto "La ciudad de Las Palmas a principios del siglo" que antes de fabricarse la iglesia de San Agustín, los frailes celebraban el culto en dos salas de la portería; que era tradición que en aquellas salas había existido una mancebía pública y que, en desagravio, los frailes, de acuerdo con el Cabildo secular, las habían consagrado al Señor de la Vera Cruz. Esta imagen era objeto de general devoción por su milagroso poder, especialmente para los que se exponían a los peligros del mar. La efigie era de cartón, bien modelada y tenía la cabeza cubierta con cabello natural cuyos bucles, cayendo sobre el cuello al moverlos el aire, producían respetuoso temor. Pero se deterioró de tal manera que fue necesario sustituirla por el actual Crucificado. Desde entonces cesaron las numerosas promesas y las cuantiosas limosnas que recogía el convento; acreditando que el pueblo adoraba la imagen y no su divina representación.

Nuestro ilustrado paisano don Agustín Millares en su erudita obra "Historia general de las Islas Canarias", nos habla en el libro décimo cuarto de la imagen de la Virgen del Pino y de su traída a esta ciudad con motivo de calamidades públicas. En el mismo inserta una carta consulta del Tribunal de la Inquisición de esta provincia al Supremo, en la que aparecen hechos idolátricos del vulgo en general, atribuyendo no sólo superior poder a aquella ima-

gen sobre todas las demás advocaciones de la Virgen, sino que tributaba mayor reverencia a la imagen de la Virgen del Pino que al Santísimo Sacramento.

Resultando, pues, que estos y otros cultos exclusivos eran comunes y casi generales, ocurre preguntar ¿hubo en aquellos tiempos más religiosidad, más verdadera devoción que la que existe hoy? Todo indica lo contrario. Habría, tal vez, más prácticas exteriores de religión; pero también más hipocresía y más superstición.

Es verdad que las funciones religiosas, sobre todo en nuestro suntuoso templo Catedral, estaban revestidas de una solemnidad imponente y que la cátedra sagrada se hallaba enaltecida por eminentes oradores que cautivaban el ánimo con su arrebatadora elocuencia; pero allí iban nuestras damas y caballeros a lucir sus espléndidas galas y a deleitar sus oídos con las célebres composiciones de los afamados músicos Núñez y Palomino, con la exquisita ejecución de los profesores de la Capilla y con los acordes del órgano que declamaba, reía y lloraba bajo la artística e inteligente pulsación de nuestro paisano don Cristóbal Millares.

Desde que la concurrencia salía del templo volvía a sumergirse en el caos de sus habituales costumbres.

RECORTES Y DESPERDICIOS

Hemos cometido la desatención de no visitar las casas solariegas de los antiguos habitantes de Las Palmas y vamos a tratar de corregir esta falta de cortesía, antes de dar término a los ya pesados recuerdos de los tiempos viejos.

Las casas generalmente eran tan espaciosas como destartaladas. No había que buscar en ellas ningún orden de arquitectura, ni simetría y concierto en los frontis ni en el interior. Allí donde convenía un hueco, se abría, sin atender a que fuese más pequeño o más grande, más abajo o más alto que los que estaban a su lado. Todavía existe algún ejemplar de aquellas extravagantes fachadas.

El uso de la pintura no era conocido ni tampoco el de el lavado de los pisos. Las maderas se veían cubiertas, o bien de ese vello gris que produce en ellas la vejez o de las manchas de resina producidas por la acción del sol.

Tomémonos la libertad de entrar en el zaguán de la primera casa que encontremos, pues entre ellas hay poco que escoger. A cada lado de la puerta de la calle notamos dos meaderos de mampostería para uso franco y corriente de todos los transeúntes. Al abrir el pesado postigo, nos da el quien vive el chirrido de la soga y el brusco golpe del zoquete contra la puerta. Estamos ya en el espacioso patio empedrado donde cacarean las gallinas, pían los pollos y brinca alguna cabra; entre los desiguales guijarros, confitados de gallinaza y palomina, crece la menuda hierba. En la escalera no es posible averiguar el color de la cantería de sus peldaños, oculto por la densa capa de las inmundicias que el tiempo ha consolidado. No nos fijemos en los tablados de tea de las habitaciones y corredores donde sólo resaltan las enormes cabezas negras de los clavos en medio de un jaspeado indefinible. La sala larga y ancha está decorada con dos hileras de sillones cuyos asientos de tela negra de crin podían cubrirse en días festivos con damasco de varios colores; en el testero, un largo canapé análogo a los sillones; en las esquinas, rinconeras elevadas en la pared, para colocar en ellas los candeleros con velas de sebo y sus indispensables despabiladeras; dos o cuatro mesas para el mismo uso; cornucopias con espejo, algunos cuadros o láminas y cortinas de damasco.

En la alcoba se descubría el monumental catre matrimonial cuya cabecera era fiel traslado de un retablo con sus molduras y dorados.

El comedor es la más aristocrática pieza de la casa, no por sus adornos, que nos los tiene, sino por su larga mesa y por la riqueza de sus vajillas, entre cuyas finas porcelanas brillan bandejas, platos, jarros, poncheras, etc., de plata cincelada. Prueba cierta de que nuestros antepasados condensaban su dicha en los placeres de la mesa.

Los dormitorios de la familia se distinguían por su pobreza. Las camas se componían de dos banquillos y unas tablas, **barrecama,** con su colchón, almohada y modesto cobertor. Llamaba mucho la atención en casi todos los dormitorios una media o calceta colgada de un clavo: pues bien, aquella media era un económico comodín; ella suplía las palanganas, lebrillos, bañeras y tinas. Cuando cualquier parte del cuerpo necesitaba limpiarse, se entraba la mano en la media y mojándola se refregaba la cara, el cuello o cualquiera otra parte, sin necesidad de acudir al lavabo.

En los pisos bajos sólo se respiraban las emanaciones de basura.

Parece que nuestros progenitores tenían horror al agua y a los baños parciales o generales, puesto que el uso de las bañeras y tinas fue entre ellos desconocido.

Las falta de los baños y el desaseo del cuerpo explican los padecimientos generales de la piel que ocasionó a las islas la mala fama de leprosas. En aquellos tiempos era muy rara la casa donde no hubiese dos, tres o más personas sarnosas; los niños sobre todo no se veían nunca libres de aquel contagio, porque sus padres, creyendo que la sarna era depuradora de malos humores, se oponían a que se curasen; esta tenaz preocupación duró hasta el tercio del siglo en que la victoriosa campaña médica contra la sarna, logró desterrar para siempre del país aquella asquerosa plaga.

Por este mismo tiempo ya estaban en vigor las teorías de Broussais, sobre todo la exagerada calificación de gastritis a los variados y múltiples efectos del estómago; y temiendo siempre nuestros médicos la supuesta inflamación de aquella entraña, proscribieron no sólo los excitantes, sino hasta las más sencillas especias y el vinc y la sal. Desde entonces empezaron a levantar cabeza las anemias.

Con el aumento de las relaciones comerciales se fueron introduciendo las modas europeas y entre ellas el bárbaro corcé con enorme plancha de acero y gruesas varas de ballena para estrechar la cintura de las jóvenes elegantes. Esta moda se tomó con tal entusiasmo que las niñas a fuerza de apretones se convirtieron en avispas, y no una ni dos, sino muchas, fueron víctimas de la hemoptisis y de sus fatales consecuencias.

Réstanos, como último recorte en esta reseña, hablar de la decidida afición de nuestros abuelos a las representaciones teatrales; pero nunca les ocurrió otro género que el más difícil de todos, cual es el de la tragedia. Recuerdo haber visto dos: "El Idomeneo" y "La Condesa de Castilla", ambas de Cienfuegos. Después de meses y más meses de ensayos, siempre salían destituidas de interés, fastidiosas y ridículas sobre todo en los papeles de las reinas desempeñados por jóvenes lampiños.

PRISIONEROS FRANCESES. EL DUQUE DEL PARQUE

La horrible catástrofe de Madrid el 2 de Mayo de 1808, produjo la heroica guerra de la independencia.

Entre los variados acontecimientos de esta gloriosa guerra, la Regencia del Reino se vio agobiada con crecido número de prisioneros que, sirviendo de estorbo, fueron enviados a estas islas.

Nuestra ciudad recibió un crecido contingente que fue recluido en la Casa-hospicio y en otros dos grandes edificios.

En honor de nuestros abuelos debemos declarar que todos los vecinos, hasta los menos acomodados, acudieron a socorrer los prisioneros, sacándolos del encierro bajo su responsabilidad y llevándolos a sus casas, más como hijos adoptivos, que como servidores asalariados.

Otra afirmación debemos consignar y es que casi todos aquellos desgraciados se distinguieron por su honradez y laboriosidad.

Muchos de ellos fueron nuestros maestros en artes y oficios; pues no nos duele decir que en aquella época estábamos aún muy atrasados; abrieron sus talleres y fueron la base de los adelantados que en este género llegamos a alcanzar, con contadas excepciones, hasta cerca de la mitad de este siglo; de manera que aquellos huéspedes en vez de ser gravosos, fueron elementos de laboriosidad y de progreso.

El día en que ya concluída la guerra regresaron a su patria, fue de duelo general para ellos y para el vecindario de Las Palmas.

El Duque del Parque.

Cuando el gran guerrero del siglo colocó a su hermano José en el trono de España, empezó a cundir en la nación el partido afrancesado; unos, por el cebo de los destinos a que aspiraban; otros, más numerosos y previsores, porque conociendo la aviesa índole del veleidoso prisionero de Valenzay, no esperaban de él más que ingratitud y despotismo.

En tal situación la Junta Suprema del Reino se vio

obligada a adoptar medidas extraordinarias para contener a los partidarios del Rey intruso.

Presumíase que algún chispazo de afrancesamiento hubiese llegado a estas islas; y como por otra parte existía interminable discordia entre las dos Juntas que aspiraban a la supremacía provincial, una en la ciudad de La Laguna, apoyada por el Jefe militar; otra en Las Palmas, favorecida por su categoría de capital de la provincia, la Junta Suprema acordó enviar un Comisionado Regio que estableciese el orden y la tranquilidad.

Bien fuese por estas causas o porque a la Junta le servía de estorbo la influencia perturbadora del Duque del Parque, ello es que lo nombró confiriéndole amplias facultades.

A fines del año de 1810 apareció repentinamente en la ciudad de Las Palmas el Duque del Parque con el cargo de Capitán general y Comisionado Regio.

Este grande de España, que vino a las islas con una misión superior a su escaso tacto político y a su ilustración, tropezó a su llegada con la funesta epidemia de fiebre amarilla que hacía estragos en el puerto de Santa Cruz y en todas las poblaciones ribereñas de la isla de Tenerife.

La noticia de la llegada de aquel personaje se extendió con indecible rapidez. Todos los habitantes de Gran Canaria se conmovieron; todos los corazones canarios latieron de júbilo. ¡Imponderable fortuna! ¡Ahí era nada...! ¡El Grande de España, el Capitán general, el Comisionado Regio de omnímodas facultades, venía a ejercer su supremo mando en la verdadera capital de la provincia y a confirmarla en todos sus privilegios! Ya nada había que desear ni que temer; poseíamos el precioso talismán de nuestro engrandecimiento y era inútil pensar en otra cosa que en obsequiarlo dignamente.

Todos los habitantes de la isla vinieron a Las Palmas para tener el honor de ver y vitorear al nuevo Mesías. Repiques de campanas; solemne "Te-Deum"; lujosas cortinas en balcones y ventanas; calles y plazas enramadas; arcos triunfales; espléndidas luminarias; música, himnos y canciones; fuegos artificiales; regios banquetes; alegóricos homenajes; comedias en la plaza de Santa Ana... En fin, nada quedó que no intentara la imaginación aguijoneada por la esperanza del venturoso porvernir que se prometía un

cándido pueblo desconocedor de las arterias y falsedades palaciegas.

El señor Duque puso a disposición de la isla sus regias facultades. Los padres de la patria le pidieron la construcción de un muelle que un ingeniero, no sabemos si de buena o mala fe, había señalado en la prolongación al este de la muralla del Castillo de Santa Ana. El Duque dispuso que para construirlo brevemente "vinieran gratis y por turno todas las yuntas de la isla a arrastrar las piedras con que se había de formar el poderoso tajamar".

¡Oh generosidad inaudita del gran Comisionado Regio! ¡Canaria iba a poseer, casi de balde y en corto tiempo, uno de los mejores puertos del mundo, con sólo (¡quién lo había de pensar!) arrojar al mar los innumerables cantos rodados que dormían tranquilos en el barranquillo de Mata.

Con extraordinaria pompa se inauguró el primer arrastre de los enormes cantos que entraron en la playa por un boquete que se abrió en la muralla y fueron colocados ordenadamente en línea recta como correspondía a obra de tal importancia. Todo iba a medida del deseo; pero una noche se le ocurrió al traidor **rebozo** tomar a insulto lo que se hacía sin su beneplácito y rugiendo primero, zumbando colérico después y azotando las olas embravecidas, en dos o tres horas convirtió el ordenado murallón en un pedregal espantoso. Los enormes cantos quedaron esparcidos a derecha e izquierda, adelante y atrás a vista de nuestros aturdidos abuelos que se habían olvidado de la fuerza del iracundo coloso.

¡Bien vienes mal si vienes solo! Pero no fue así; porque casi al mismo tiempo cundió la noticia de que algunos fugitivos de Tenerife alojados en la calle de Travieso, se hallaban acometidos de fiebre amarilla. El Duque ordenó que la calle se tapiara con tablas para encerrar en ella el contagio; pero temiendo exponerse al riesgo que tan de cerca lo amenazaba, se embarcó sigilosamente con ánimo deliberado de ir a residir en la ciudad de La Laguna, dejándonos como recuerdo de su omnipotencia el mismo conflicto político que teníamos; un boquete abierto en la muralla para que por él entraran las arenas; un copioso pedregal esparcido en la playa; una calle tapiada; el germen de un contagio y muchos miles de reales fuera del bolsillo.

"Sic transit gloria mundi!" ¡Humo, vanidad y mentira!

La fiebre amarilla.

La infección de la calle de Travieso fue sólo una amenaza que apaciguó el invierno: pero los gérmenes quedaron vivos y cuando llegó la primavera del año de 1811 empezaron las alarmas de nuevos casos de fiebre. Poco tardó en hacerse epidémico el asolador contagio que concluyó con casi todos los habitantes que no pudieron huir de la infestada ciudad.

Más de la mitad de los vecinos emigró al campo, dejando sus casas encomendadas a los prisioneros franceses que, fieles a su honradez, no sólo cumplieron como buenos guardadores, sino que todos los que pudieron se encargaron voluntariamente de conducir y enterrar los cadáveres de las infortunadas víctimas. ¡Grande y generosa recompensa a la hospitalidad recibida!

El eco de las terroríficas escenas de gemidos, llanto y desolación de la afligida ciudad, no pasó de sus viejas murallas. ¡Vergüenza da consignarlo! En los campos, desde que se suavizó la primera impresión del terror, todos los fugitivos empezaron a buscar motivos de distracciones y como si obedecieran a una consigna general, se citaban y reunían para cantar, bailar, improvisar sainetes, inventar disfraces y repetir giras y meriendas a los sitios más deliciosos. ¡Contradicciones y misterios del corazón humano avasallado por el brutal egoísmo!

Yo pobre niño de ocho años, libre de escuela y gozando de plena libertad para mis juegos, puedo asegurar que de todos los años de mi vida fue aquel el de mi completa felicidad. Un sólo pesar recuerdo y ese me acaeció un año después, ya terminada la epidemia y cuando nos manteníamos en el campo por precaución. Lo voy a referir para que se comprenda el terror que inspiraba la fiebre amarilla a todos los que habían escapado de sus estragos.

Una mañana llegó a la puerta de la casa en que habitábamos el padre fray Blas, franciscano, que iba de paso a predicar en Santa Brígida. No se había desayunado y pedía un refrigerio. El reverendo cayó como una bomba en medio de la aterrada familia: todos evitaron su contacto y se le confinó en el extremo de una galería, como si fue-

se un apestado; allí con esmerada precaución se le puso el almuerzo. Yo envidiaba de lejos los buenos bocados que el fraile engullía. Cuando concluyó y a penas había atravesado la puerta, me precipité sobre los restos. ¡En mala hora lo hice! Mi buena madre (q. e. p. d.), cayó sobre mí y descargándome una "andanada de guantazos", me hizo desnudar, inundado en lágrimas, en el mismo sitio del delito y en cueros vivos me frotaron despiadamente todo el cuerpo con vinagre y ajos machacados, hasta que quedé ardiendo y rojo como la amapola. Desde allí me llevaron a la cama donde bien abrigado estuve tres días sudando el quilo a fuerza de borraja y caldo. ¡Bastante purgada quedó la culpa de mi inocente golosina!

La langosta.

Como si la mortífera epidemia no hubiese sido suficiente castigo, sobrevino en el verano de 1812 otra plaga más terrible, porque cayó sobre toda la isla. La implacable insistencia de los vientos del sur, nos trajo de África lo que podía llamarse un diluvio de langosta. En una mañana de despejado sol se notó, al naciente de la casa que habitábamos, un denso y extendido nubarrón que obscurecía el cielo. En breves instantes, la atmósfera, el suelo, los árboles, las casas y hasta las habitaciones interiores, todo estaba invadido por los voraces insectos. En vano los hombres, mujeres y niños armados de cacharros, campanas, almireces y pitos producían un ruido infernal para levantarlos de los cercados; en vano con cañas y ramas los sacudían, en vano los curas con estola y agua bendita, pronunciaban con fervor los exorcismos del rito contra el genio del mal; todo fue inútil. En pocas horas, nada verde existía y hasta las cortezas de los árboles desaparecieron. La isla quedó convertida en un árido desierto.

El hambre.

Como consecuencia inmediata de la destrucción de los productos vegetales, apareció pronto el hambre con todos sus horrores. Los pocos granos almacenados subieron a precios exorbitantes y desaparecieron en breve tiempo. Las

carnes faltaron en absoluto, porque los ganados no teniendo que comer, eran enfermizos esqueletos que vagaban sueltos, hasta que morían víctimas de los perros hambrientos y de la voracidad de las aves de rapiña.

La falta de relaciones comerciales destruía toda esperanza de socorros extraños; así es que cada cual se resignó, según sus medios, a sostener la terrible lucha por la existencia. El desvalido pueblo casi se alimentaba sólo de raíces y la gente más acomodada apechugó con la perversa harina de cazabe y el arroz traídos de la cercana costa de África.

La desgracia era inmensa y el porvenir desesperante; pero como Dios aprieta y no ahoga, las copiosas lluvias de otoño produjeron algunas patatas, pocas legumbres y abundantes verduras que mejoraron la precaria situación. El siguiente año fue de asombosa fecundidad.

En el mismo invierno regresamos los fugitivos a la solitaria ciudad y aún hoy conservo el desgarrador recuerdo de la triste impresión que produjo en todos los ánimos el fúnebre aspecto de la población. Nuestros huéspedes franceses habían enjalbegado las casas interior y exteriormente; pero deseando mejorar el aspecto de los mezquinos frontis, pintaron con agua de cola y negro-humo los zócalos, pilastras y cornisamento que les faltaban. Con semejante adorno quedaron todas las casas vestidas de riguroso luto; y para más acentuar el duelo, los chubascos diluyeron la débil pintura, que, cayendo a hilos más o menos gruesos sobre las blancas paredes, dábales la apariencia de llorar las crueles desdichas y tal vez el abandono de que fue víctima la desgraciada ciudad de Las Palmas.

BOSQUEJO DE BROCHA GORDA

En los tiempos a que nos referimos, ¿disfrutaba nuestra isla las preeminencias del sobrenombre de grande que había merecido por su gloriosa historia...? ¿Utilizaba aún sus ricos productos para sostener el activo comercio que tuvo...? ¿Era acaso todavía una de las famosas afortunadas de los antiguos marinos? ¿Quedaban en ella algunos restos del delicioso paraíso que le atribuyeron los sabios del gentilismo? ¡Ah! no: todo había pasado, todo se había hundido en la sima del olvido. Ya no era más que un ignorado rincón del mundo; una pacífica mansión de la holganza; un limbo, nada más que un limbo donde no hay pena ni gloria.

La insignificancia, el confinamiento y el olvido en que habían caído nuestras islas en aquella época, disculpa la humorística ocurrencia de nuestro festivo Iriarte, cuando dijo con su peculiar gracejo: "Allá en el c... del mundo, —Crió Dios siete almorranas; —según dicen los autores, —son las siete islas Canarias".

Esta jocosidad de nuestro isleño poeta, la merecieron entonces nuestros antepasados por la falta de vigorosa iniciativa para sostener un país que no sólo había llegado a ser, por su situación y por sus producciones agrícolas, centro de activo comercio, sino que por su valor acreditado en defensa de la bandera española, había recibido honrosas distinciones y señaladas muestras de aprecio de los monarcas anteriores.

Verdad es que algo atenúan las faltas las consecuencias de las guerras que produjo la revolución francesa; y no menos el desacertado gobierno del débil Carlos IV que, víctima de las intrigas palaciegas, olvidó hasta la existencia de las islas Canarias.

Así fue que nuestros indolentes abuelos, poco dispuestos a contrarrestar obstáculos y vencer dificultades, se apegaron a la vida vegetativa, contentándose con lo que expontáneamente les proporcionaba el país. Vivían pues, tranquilos sin que el recuerdo del ayer les produjera pesar, ni el mañana les inspirara cuidado.

La exigua agricultura de cereales, legumbres, patatas y viñas cubría sus necesidades. Sus industrias y oficios primitivos estaban al nivel de sus moderadas urgencias. Su

pequeño comercio con la cercana isla de la Madera satisfacía sus escasos caprichos. Sus mezquinas tabernas, lonjas con pan, vino, aceite, vinagre y frutas; sus modestas tiendas de géneros de lana y algodón, y las diminutas lonjas de los Palmeros con variadas sederías y azúcar del país bastaban y sobraban para llenar sus deseos.

Como desconocían la policía urbana, poco les importaba el deterioro y desaseo de las calles, ni la falta de aceras y de alumbrado público, ni que los frontis de las casas fueran ridículos y asquerosos; ni concebían la necesidad de paseos y de arbolado y menos aún de fondas y posadas, ni de casinos y teatros.

Disfrutaban de la vida sin que nadie ni nada les molestase. No tenían otra contribución que la del diezmo pagada en especie el día de la recogida de la cosecha, sin necesidad de recibos ni temor de los apremios. Es verdad que el vino estaba gravado con el impuesto de la sisa; ¿pero qué le importaba al buen bebedor un buche menos del sabroso vidueño o del espirituoso malvasía que se vendían tan baratos...? El diabólico papel sellado era desconocido con todos sus congéneres: patentes, sellos móviles y de correo, cédulas personales etc., etc. No sabían lo que era el alistamiento de quintos para el ejército, ni la matrícula forzosa para el servicio de la marina de guerra. No conocían guardias provinciales, ni de orden público, ni municipales, ni Delegados del Gobierno, ni Comandantes de marina, ni doble Audiencia. Tenían sobrado con un Regente, dos Oidores y un Fiscal para todos los asuntos civiles y criminales de las siete islas; con un Gobernador de las Armas, que no tenía armas que gobernar; un Corregidor, capitán a guerra, que nada hacía ni nada corregía y un Alcalde mayor que sólo tenía actividad para las providencias que le producían dinero efectivo.

Todo estaba bien y cada cual hacía lo que se le antojaba, sin pensar en las autoridades ni en los ridículos alguaciles que sólo eran buenos para aumentar el desorden, cuando en algo intervenían.

Nadie procuraba instruirse ni seguir una carrera facultativa; ¿para qué? Con dos o tres abogados, un médico y un boticario, había bastante para defender el derecho y combatir la enfermedad.

Los pobres se alimentaban diariamente con la pitanza que les repartían los frailes. Los jóvenes desvalidos se entraban de novicios en un convento y ya tenían su porve-

nir asegurado. Los segundones de las casas amayorazgadas, sin cuidarse de los estudios más que para saludar bastante de lejos el latín, se ordenaban para disfrutar las pingües capellanías y los ricos patronatos que les pertenecían por derecho de fundación. Los demás hermanos que vivían holgados a la sombra del mayorazgo o del Capellán, eran los constantes perturbadores del sosiego público.

Estos y otros señoritos vagabundos cuando se cansaban de peleas de gallos y de luchas concertadas, promovían frecuentes parrandas e intervenían en los bailes de "candil" del menesteroso pueblo. En medio de tanto bullicio era su principal objeto cazar en vedado y muchas veces, en el instante menos pensado, saltaba en medio de las cuitadas familias un gazapo que ya no cabía en su estrecha madriguera.

¡Oh, qué buen país...!

EL LEGO Y LA PATA DEL MULO

En aquellos tiempos la buena ciudad de Las Palmas no se había cuidado de tener ni un miserable figón para alojar a sus forasteros; bien es verdad que éstos eran pocos y muy flacos de bolsillo. Componíanse, o de estudiantes pobres que vivían como de milagro en la celda de un convento, o de litigantes que, faltándoles la primera P. de las tres que necesitaban (pesos, pasos y paciencia) para seguir sus litigios, venían a emplear la segunda, sin perjuicio de ejercitar la tercera con heroica resignación. De resto, las personas más o menos ricas que llegaban de las otras islas, siempre encontraban hospitalidad en las casas de sus parientes o de sus amigos. Así se vivía a la buena de Dios, sin cuidarse nadie de las ajenas contrariedades.

Un día, sin embargo, se conmovió la población con la noticia, muy rara en su género, de que había llegado al puerto de La Luz un bergantín español. Más tarde se agravó la curiosidad al oír asegurar que aquel barco venía de Malajai, puerto desconocido y tal vez de la dilatada costa africana. El Regidor sanitario de turno lo había dejado en observación hasta consultar con la Junta de Sanidad.

El alboroto fue creciendo, porque muchos llegaron a temer que el barco fuera un corsario argelino que intentara sorprender y saquear la ciudad.

La plaza de Santa Ana se llenó de gente y la sala de actos estaba rodeada de impacientes espectadores. Abrióse al fin la sesión y el Regidor, que se creía el héroe del día, entregó con notable fastuosidad la patente de sanidad. ¡Que desengaño...! Cuando se creía tropezar con un nudo gordiano indisoluble, el presidente sin poder contener la risa, dijo: Señores, aquí no ha habido más que un error de lectura; la patente dice Málaga Julio 4; pero como la ge se confunde con la j y la a final está bastante unida a la y, no es extraño que el señor Regidor leyera Malajay. Las risotadas concluyeron la sesión y el pobre Regidor salió cabizbajo a dar entrada al bergantín.

Aquel día, sin embargo, estaba destinado a importantes impresiones; el barco había salido directamente para La Habana, y por causa de una tormenta, sufría averías que tenía que reparar; pero conducía a un joven empleado de distinción que, muy debilitado con el mareo, pedía

con instancia alojamiento. ¡Aquí de los apuros! ¿Cómo ni dónde colocar a una persona distinguida...? En vano nuestro conocido, el compadre Molina, recorrió una a una las casas principales con sigular empeño; todos los vecinos se excusaron alegando inconvenientes; y hasta la misma rica solterona doña María C., aunque ya pasaba de sus cincuenta navidades, decía que siendo el huésped un joven, no quería exponerse al "qué dirán" de las malas lenguas. Desesperado, el obsequioso Molina no tuvo otro recurso que el de enviar al viajero con carta de recomendación a un convento.

El Padre Prior recibió la misiva y con gesto avinagrado, señalando al mancebo una celda abierta, le dijo: está bien; se le admitirá, suponiendo que sea buen cristiano y no venga aquí a darnos algún escándalo; esa es la celda y le advierto que si no está en el convento al toque de oraciones se quedará en la calle. — Así lo haré, Padre y le doy a usted mil gracias por el favor que me ha dispensado. — A Dios sean dadas, dijo el Prior y le volvió la espalda.

Cuando el desdichado viajero entró en la celda y se encontró con las cuatro paredes sin muebles ni cama, fue tal su angustia que, si ya no cerrara la noche, se hubiera vuelto al barco a pesar del mareo.

Absorto en tan desesperada situación, notó que lo tocaban en el hombro y una voz que le decía: no hay por qué apurarse; todo se puede remediar; tendrá cama, mesa, media docena de sillas, almuerzo, comida y cena, todo por seis "riales" de plata diarios. Tengo yo una comadre, más limpia y **asiada** que el lucero del alba, que se encargará de todo y lo tratará como a cuerpo de príncipe. Además, añadió con misterio y bajando la voz, como soy el lego de confianza, le digo en reserva, que si quiere añadir una **fisca** más al diario, le daré una llave de la portería para entrar y salir a la hora que se le antoje.

No hay que añadir que el contrato quedó hecho y el huésped perfectamente alojado.

Y ahora, lector, me ocurre que empecé mis memorias con un cuentecillo vulgar y que casi al concluirlas puedo hacerlo con un hecho en el que fui testigo intachable y que tiene paridad de consecuencia con el hospedaje que sólo pudo dar el lego de un convento.

Un amigo mío, abogado distinguido, tenía un lobanillo en el entrecejo que comenzaba a comprimir los ojos. Me

consultó y le aconsejé la inmediata extirpación que hicimos un compañero y yo con singular esmero. Pero algún tiempo después el terco lobanillo se reprodujo, llegando pronto a las dimensiones anteriores. Se hacía necesaria la segunda extirpación, pero mi amigo era juez interino y en funciones de tal, debía de ir a la villa de Agüimes, por lo que se aplazó la operación para su regreso. Ésta se efectuó; pero en el camino el mulo que montaba se avispó, dio en tierra con el juez y le asestó una coz que cayó de plano sobre el lobanillo haciéndolo trizas. El intenso magullamiento produjo abundante supuración y al fin el lobanillo quedó radicalmente curado.

Deduzcamos, pues, la paridad de consecuencia. El hospedaje que no pudieron dar ni la ciudad de Las Palmas, ni sus ricos vecinos, ni el poderoso Prior, lo dio el lego, último fraile de un convento; del mismo modo que el lobanillo que no pudieron extirpar los auxilios de la ciencia, ni los apropiados instrumentos, ni el esmero de dos cirujanos, lo curó de un sólo golpe la patada de un mulo. ¡Así acontecen muchos hechos notables en este estrambótico mundo!

DE 1.814 A 1823

La notable escasez de comunicaciones con la madre patria fue causa de que el azaroso período de los seis años de la gloriosa guerra de la independencia pasase casi desapercibido en nuestra ciudad. A veces se interrumpía la calma habitual con alguna noticia incompleta de sucesos prósperos o adversos; otras con un notición ridículo, como el de la pérdida de una oreja de Napoleón, festejada con loco entusiasmo por el cándido pueblo.

Tampoco fueron conocidas las eminentes tareas de las Cortes Constituyentes, ni se le dio valor a la promulgación del Código de 1812. Apenas, con motivo de la residencia del jefe político y de la Junta electoral preparatoria, se despertaron algunos sentimientos de patriotismo, mal dirigidos, para sostener el inveterado derecho de capitalidad provincial que ostentaba la ciudad de Las Palmas. Entonces comenzaron las trascendentales rivalidades que fueron el preludio de la guerra fraticida que tantos perjuicios ha ocasionado y seguirá ocasionando a todo el archipiélago canario. El primer proyectil lo arrojó, con temeraria ambición, la ciudad de La Laguna que, hiriéndose gravemente de rebote, perdió en la contienda hasta la prerrogativa de capital de la isla de Tenerife.

Estas hostiles escaramuzas vino a terminarlas el aciago decreto de mayo de 1814 por el que el ingrato Fernando VII abolió el régimen constitucional y se declaró Rey absoluto.

Este "úkase" se propagó con la velocidad con que corren todas las malas noticias y llegó a nuestra ciudad, donde a fuer de capital se publicó con todo el rigoroso aparato de la solemnidad heráldica castellana. En la tarde del mismo día fue paseado triunfalmente, en una carroza arrastrada por ocho jóvenes con vestidos blancos adornados de hiedra, el retrato del despótico Monarca en medio de una turba inmensa que, sombrero en mano, lo vitoreaba; y todavía recuerdo la impresión que me produjo el haber visto que cuando pasaba el retrato, casi todos los espectadores se arrodillaban, como si acatasen al Divino Sacramento. ¡Pobre pueblo, digno por su crasa ignorancia, de aquel otro que en Valencia delante del balcón del mismo monarca había gritado, "muera la Nación y vivan las cadenas".

El absolutismo no produjo la menor novedad en nuestros hábitos y costumbres; porque como no habíamos saboreado las ventajas de la libertad, ni sufrido el peso del despotismo, la transición pasó casi desapercibida. Pero ya comenzaba a alborear la instrucción y con ella el deseo de investigar algo de las teorías políticas; así fue que, primero por curiosidad y después por interés, se buscaban con ansia los libros prohibidos y los periódicos y folletos que los deportados liberales enviaban desde Inglaterra.

Con esta preparación, cuando se esparcieron los primeros rumores del alzamiento de Riego en las Cabezas de San Juan, ya se notaron misteriosos cabildeos entre las personas sensatas y notoria ansiedad en la juventud, siempre anhelosa de novedades.

Por fin, el 1.º de mayo de 1820, el Corregidor, el Alcalde mayor, los Regidores y los Secretarios de acuerdo, montados en lujosos caballos, con toda la caterva de alguaciles y porteros, pasearon las calles publicando la Constitución del año de 12.

El entusiasmo de la juventud por el nuevo régimen creció de tal manera que en corto tiempo produjo dos batallones de milicia nacional y un templete de jaspe y mármol en cuya cúspide se alzaba la estatua de la Libertad con su gorro frigio.

Casi todos los días atronaban las calles incesantes redobles de los tambores llamando a ejercicio, a paseos militares o a parada. Por la noche la retreta recorría la población con una farola iluminada al toque de pífanos y tambores. Las guardias de la milicia ciudadana ocupaban todos los puestos y cada uno de ellos era centro de notables bullangas. El himno de Riego se daba a pasto en todas las horas del día y de la noche. En fin, no se comía ni se bebía, ni se respiraba otra cosa que constitución, canciones patrióticas y milicia nacional.

Pero todos estos actos que pudieran pasar como inocentes distracciones, se agravaron considerablemente con la agresiva intransigencia de los milicianos nacionales. Todos los que no aplaudían sus exageraciones, eran clasificados de serviles y perseguidos con amenazas, injurias y vejaciones, y no pasaba noche sin que diversas partidas de milicianos se situaran delante de las casas de los desafectos a cantarles "el trágala", "el lairón" y otras canciones vejatorias. Durante el día, ni los frailes, ni el clero secular, ni los llamados serviles se atrevían a transitar las calles, sin te-

mor de ser insultados. Tan extremada intolerancia convirtió en enemigos de las instituciones libres a las mismas personas sensatas que amaban la libertad.

Pero si muchas fueron las faltas de los liberales exaltados, no fueron menos las de los monárquicos reaccionarios que tuvieron el atrevimiento de sublevar todos los pueblos del interior de la isla para que en somatén bajaran a Las Palmas a proclamar al Rey absoluto, exponiendo al saqueo de los incultos campesinos toda la ciudad, donde sin duda hubiera corrido la sangre en medio de inmensas desgracias.

El pueblo de Teror fue el centro de los amotinados del norte, capitaneados por un fornido palurdo que manejando un grueso garrote y enseñándolo, gritaba: éste es el jefe pulítico que too lo gubierna. Mañana diremos a la siudá a machacá el mojo en la cabesa de María Sebolleta (estatua de la libertad), y de toos sus melicianos.

Los sublevados del sur estaban reunidos en Telde, bajo la aparente dirección del anciano luchador Matías Zurita.

La catástrofe que amenazaba a Las Palmas hubiera sido funesta si el benemérito Jefe político don Rodrigo Castañón con una compañía de granaderos, la milicia nacional y dos piezas de montaña, no hubiera dispersado ambos somatenes con unos cuantos tiros de cañón por alto, sin derramar una gota de sangre.

Lástima que tan cumplido y denodado Jefe, hubiese permitido que la comisión militar ejecutiva manchara su gloria con el fusilamiento del pobre anciano Zurita, mientras los conocidos instigadores de la rebelión fueron respetados.

La reacción absolutista que luego sobrevino, sólo dio lugar a algunas infames delaciones sin consecuencias y a las purificaciones a que se sometieron muchos de los que fueron exaltados liberales.

PRIMEROS INICIADORES DE MEJORAS

Achaque habitual de los pueblos ha sido siempre la ingratitud con aquellos de sus hijos que han gastado su vida en mejorar el ruinoso deterioro de las viejas poblaciones, fruto de la apatía de sus mismos moradores. Impulsados por su amor patrio reciben, por premio de su laboriosa iniciativa, injurias y calumnias mientras viven y perpetuo olvido cuando descienden a la tumba.

Tal fue la suerte de nuestro benemérito paisano don Agustín José Bethencourt, primer iniciador de las importantes mejoras que presenció la ciudad de Las Palmas en la segunda década del actual siglo.

Comprendiendo que la decadencia de la población dependía de la falta de un agente activo que moviese el ánimo apocado de sus habitantes, se propuso desempeñar este cargo y comenzó sus tareas allanando los obstáculos, al parecer insuperables, para la construcción de un cementerio que extinguiera la antihigiénica costumbre de los enterramientos en las iglesias. La cuestión estribaba en la carencia de fondos del Ayuntamiento para pagar la cuota que le correspondía; pero nuestro activo compatriota consiguió que el dignísimo obispo señor Verdugo y el Ilustrísimo Cabildo Eclesiástico, adelantaran los fondos hasta que se hiciese el definitivo arreglo con la Corporación municipal.

Auxiliado eficazmente por su amigo el célebre escultor canario Luján Pérez, logró que el mismo obispo y su Cabildo emprendieran la construcción del nuevo frontis de la Catedral; y cuando ya estuvo edificado el primer cuerpo, empleó con feliz éxito sus instancias para que el generoso prelado levantara a su costa la torre del norte de aquel templo.

Los dos barrios de Vegueta y Triana se comunicaban por un puente viejo de madera carcomida que amenazaba ruina. El Ayuntamiento no tenía fondos para construir otro puente que ya era de perentoria urgencia. Vanas habían sido las reiteradas súplicas de don Agustín José para inclinar el ánimo del señor Verdugo a remediar aquella necesidad; pero un día en que las aguas del Guiniguada corrían muy crecidas, entró en el palacio con aspecto consternado a participar al compasivo prelado que los dos barrios estaban incomunicados, porque el puente se hundía

por momentos. —Ese estado es angustioso y no puede continuar así, —dijo el señor Verdugo— procura que se haga un presupuesto económico, lo entiendes, muy económico; y veremos de donde se sacan los fondos, porque yo no los tengo. — Me conformo, señor —contestó el diestro Bethencourt—, conque su ilustrísima me autorice para disponer de la mitad de su renta anual (100 mil pesos) y no le pediré ni un ochavo más. —Anda, anda loco; tú has de conseguir arruinarme con tus locuras.

Con notoria actividad no sólo se hizo el sólido puente de cantería que poseemos, sino toda la fuerte muralla del norte, el terraplenado de lo que antes era cauce del barranco y hoy Plazuela, la apertura, arreglo y formación de la calle que desemboca en la plaza de Santa Ana (del Obispo Codina) y la colocación de las cuatro estatuas que decoran el puente. Todo se terminó con los caudales del dadivoso y patriótico prelado, cuya memoria debiera eternizarse con una estatua colocada en el extremo poniente de la Plazuela.

Aunque la muerte del señor Verdugo (27 de septiembre de 1816) privó a nuestro infatigable paisano de los inagotables fondos del Obispado, no por eso decayó su ánimo para dejar de emprender con ahinco la necesaria renovación del empedrado de las calles y la formación de aceras baldosadas. Esta empresa le costó un vía crucis de súplicas y humillaciones y no pocos vecinos pagaron su benéfica actividad con injurias y dicterios calumniosos; pero aunque su alma quedó lacerada, no interrumpió su bienhechora misión hasta que la dejó terminada.

Ya en los últimos años de su vejez, todavía quiso ser útil intentando introducir el alumbrado público, colocando al efecto algunos faroles en diversas calles con la cooperación de sus amigos; pero esta innovación no fue aceptada por ciertos jóvenes que necesitaban la obscuridad para sus devaneos y los pobres faroles concluyeron apedreados.

¿Dónde se halla la lápida, dónde el busto o el retrato, dónde la calle que perpetúe el nombre de este benemérito ciudadano, primer iniciador de importantes mejoras en la ciudad de Las Palmas...? ¡Nada existe; todo lo ha cubierto la ingratitud con el denso velo del olvido!

Continuador de las mejoras realizadas por don Agustín José Bethencourt, fue don Benito Lentini, profesor de piano que llegó de tránsito a Las Palmas en unión de una tiple gastada, con objeto de dar algunos conciertos que tu-

vieron poco éxito; pero como en la población hacía falta de un maestro de piano y la Catedral necesitaba también de un director de Capilla, con uno y otro destino se quedó entre nosotros el señor Lentini, que muy pronto se connaturalizó, casándose con una joven del país.

Lentini, como buen artista italiano, era muy impresionable, de genio vivo e impaciente; pero estas mismas cualidades lo favorecían para vencer los obstáculos que se oponían a sus proyectos.

Su primer empeño fue el de convertir el desierto sitio de la Plazuela en un paseo público que iba a ser entonces el primero y único de la ciudad. Con su activa gestión consiguió baldosar una ancha acera junto a la muralla del Guiniguada, donde apoyó una serie de bancos de cantería que sirviesen de descanso. En el centro colocó también otro paseo baldosado y con guija muy pequeña hizo empedrar esmeradamente todo el piso. Más tarde formó la calle que hoy lleva su nombre y se dedicó con celo incansable al aseo de las calles y a la regularidad y pintura de los frontis de las casas deterioradas.

El proyecto que constantemente ocupó su ánimo fue el de la construcción de un teatro; y aunque reunió crecido número de suscripciones para fabricarlo, tropezó con la falta de local aparente y tuvo que esperar hasta que se demolió el monasterio de Santa Clara y se levantó el teatro de Cairasco.

Cumplido mi propósito de escribir mis pobres memorias hasta la época en que dejé el país para segir mis estudios, debiera hoy darlas por terminadas; pero creyendo conveniente enlazar los acontecimientos y mejoras anteriores con la nueva vida que produjo la creación del "Gabinete Literario", intentaré ocuparme brevemente de la historia de aquella sociedad y de sus más notables socios que ya no existen.

EL GABINETE LITERARIO

I

La antigua capital del Archipiélago, la Gran Canaria, renombrada así por su gloriosa historia, vestía en 1844 los negros crespones que once años atrás había cambiado por las galas que la enaltecieron trescientos cincuenta años de continua supremacía. Triste y empobrecida lloraba su desamparo y agotaba sus últimas fuerzas en la titánica lucha que empeñara para recobrar sus perdidas preeminencias.

Rudamente combatida por la astuta enemiga que se había adornado con sus preseas, amenazábanla cada día nuevos despojos y hubiera sucumbido, si dos hijos suyos, como ángeles tutelares, no le tendieran sus vigorosas manos para sostenerla. Sí; dos jóvenes letrados íntimamente unidos por el mismo amor patrio que ambos respiraban, fuertes, activos, ricos de iniciativa y constantes en sus nobles proyectos, don Antonio López Botas y don Juan Evangelista Doreste fueron los valientes campeones que inauguraron la regeneración de la desalentada patria. Incansables propagadores de la santa unión fraternal y con aquella inquebrantable fe, que siempre produce milagros, vencieron obstáculos, borraron disidencias, reconciliaron ánimos y unieron con el firme lazo del amor patrio a todos los hijos de la Gran Canaria en un sólo y único centro.

Este feliz acontecimiento fue el origen del Gabinete Literario, de la Sociedad eminentemente patriótica que instalaron nuestros esclarecidos paisanos López y Doreste el día 1.º de marzo de 1844. Día memorable en que la ciudad de Las Palmas, sacudiendo el estupor que le causaran sus desgracias, sentó los cimientos del sólido edificio que al cabo de cincuenta y un años de trabajos consecutivos, hoy se alza espléndido y dispuesto a tremolar en su cúspide el glorioso estandarte traidoramente robado el año infausto de 1833.

Para apreciar en todo su valor los relevantes timbres del Gabinete Literario, regístrense sus actas y en ellas se encontrarán abundantes ejemplos de unánime voluntad, de laboriosidad constante, de generoso desprendimiento y hasta de abnegación absoluta para reunir caudales y rea-

lizar los asombrosos proyectos que enaltecen la honrosa historia de la benemérita Sociedad.

¿Cómo se comprende que una Corporación que carecía hasta del más urgente mobiliario, intentara emprender, a los pocos días de instalada, nada menos que la creación de un Colegio de primera y segunda enseñanza con todo el costoso material que necesitaba? Problema sería imposible resolver, si no se tomara en cuenta la actividad que desplegó la laboriosa sección de declamación del Gabinete, que en muy pocos días, no sólo cubrió las desnudas paredes del escenario de Cairasco con seis decoraciones dirigidas y pintadas por el inteligente y activo socio don Manuel Ponce de León, sino que empezó muy pronto sus tareas con la presentación de muchos dramas y comedias que produjeron crecidos caudales. Este poderoso auxilio debido a la abnegación de sus socios y al inmenso sacrificio de sus señoras y de sus hijas, fue el inagotable manantial de los fondos que gastó la Sociedad en sus diversas empresas. ¡Notable ejemplo de amor patrio que fue la norma de todos los socios, en sus respectivas secciones, deponiendo cada uno su amor propio en favor del buen éxito de las reformas que se habían de ejecutar!

Con tan decidida y general cooperación se abrió el famoso Colegio de San Agustín, emporio de nuestra ilustración, que alimentado con la enseñanza gratuíta de los socios del Gabinete, ha llegado a ser el fecundo origen de su brillante legión de varones ilustres que son aquí y fuera de aquí la gloria y la honra de nuestra patria.

Después de asegurar la estabilidad de aquel faro de instrucción, se fijó la Sociedad en la precaria suerte de las clases artesanas, hasta entonces bastante decaída, y, deseando mejorar su estado, estableció una Caja de ahorros y de socorros que funcionó con notorio acierto y dio en pocos meses los felices resultados que se esperaban.

La escasez y carestía de los artículos de primera necesidad habían acumulado en la ciudad crecidísimo número de indigentes que enfermos y hambrientos se arrastraban por las calles. Para remediar tanta miseria, creó la misma Sociedad un Asilo de mendicidad en el ex-convento Dominico, donde no sólo se dio a los pobres sano alimento, sino todos los auxilios para curar y remediar sus dolencias.

El ameno arte musical languidecía notablemente y para prestarle eficaz impulso compró nuestra Sociedad to-

do el instrumental de una banda de música que bajo la dirección del entendido profesor don Manuel Rodríguez, realizó en pocos meses tan notables progresos que ya estuvo en disposición de amenizar con sus tocatas la "Exposición de Bellas Artes" que organizó en los salones del Gabinete el distinguido socio Ponce de León.

El miserable estado de las cárceles y de sus presos fue también atendido con importantes reparaciones y con la provisión de camas y abrigos para los pobres encarcelados.

La sección de declamación que no había dado tregua a sus tareas, dedicó un beneficio especial a la terminación del precioso paseo de la Alameda y al arreglo de la placeta de Cairasco que estaba aún llena de escombros.

A los seis años de instalado el Gabinete Literario eran tales y tan grandes las mejoras que había realizado y tal su merecido influjo en todas las clases sociales, que nada se disponía y se hacía sin la previa consulta de la Sociedad. ¡Tributo de gratitud bien pagado a aquella Corporación cuya única norma era el patriotismo sin la menor mezcla de interés privado!

II

En medio de tanta actividad y de tan halagüeño porvenir, tremenda desgracia nos acechaba. El cólera morbo, con todas sus funestas consecuencias, cayó sobre nosotros en junio de 1851. Los habitantes de Gran Canaria fueron diezmados: muchos de nuestros más activos socios bajaron al sepulcro; y entre ellos todavía lamentamos la irreparable pérdida del que por su superior talento, por su fecunda iniciativa y por su acrisolado patriotismo fue el alma del Gabinete Literario: sí, don Juan Evangelista Doreste pasó a recibir en otra vida la merecida corona de sus virtudes; pero su venerada memoria vivirá eternamente en nuestra historia y en los nobles corazones canarios.

¡Todo sucumbió bajo el peso del desolador contagio! La agricultura, el comercio y las artes desaparecieron, nuestros buques, despóticamente confinados, se apolillaban en las aguas del puerto de La Luz; en vez de socorros recibíamos de la capital injurias y amenazas; se nos anunciaba un año de incomunicación y la pérdida de la Audiencia Territorial.

En tan angustioso y desesperado trance sólo se vis-

lumbraba el recurso de enviar al Gobierno de la Nación un inteligente comisionado en demanda de amparo y protección. Todos los ojos se fijaron en el ilustrado socio del Gabinete, don Cristóbal del Castillo y Manrique de Lara, quien, por nuestra buena suerte, aunque aún convaleciente de la enfermedad, no dudó separarse de su familia y sacrificar su salud y vida a la defensa de su atribulada patria, sin que le arredrara embarcarse en un buque de vela y pasar por el Lazareto de Vigo. ¡Ejemplo sublime de acrisolado patriotismo!

El rápido éxito que alcanzó aquel esclarecido patricio fue verdaderamente asombroso. Se alzaron las incomunicaciones: el Gobierno libró fondos para emplear braceros y con el mismo objeto se ordenó construir por administración la carretera del puerto de La Luz; se elevó el puerto de Las Palmas a la categoría del de Santa Cruz de Tenerife; se decretaron las franquicias de los puertos del archipiélago; y para coronar tantas mercedes, se dividió la provincia en dos distritos administrativos independientes. He aquí lo que en breves días obtuvo el inolvidable socio del Gabinete, don Cristóbal del Castillo, cuyos gloriosos hechos eternizará nuestra historia, mientras sus agradecidos contemporáneos lo han aclamado unánimemente "Benemérito Padre de la Patria".

Los estrechos límites de este reducido memorandum no me permiten mencionar los notables y progresivos trabajos de la Sociedad en sus célebres veladas literarias, en sus brillantes sesiones biográficas, en sus ilutradas conferencias científicas y en sus espléndidas reuniones; perc, ¿cómo prescindir de recordar la página más resplandeciente de la historia del Gabinete, la corona de honor que mereció por haber iniciado y contribuido con sigular eficacia al gran proyecto de la Exposición provincial que con éxito sorprendente se realizó en 1861? Grandes y muy loables fueron los trabajos de los socios para patentizar los crecidos elementos de progreso que ya atesoraba la Gran Canaria; pero este recuerdo no puede evocarse sin que aparezca cubierto de luminosa aureola el nombre del malogrado socio de imperecedera memoria doctor don Antonio López Botas, agente activo y poderoso de los múltiples trabajos que exigió aquella notable Exposición. Su inagotable iniciativa, su actividad incansable, su privilegiada inteligencia y su voluntad avasalladora produjeron milagros que ni el tiempo ni muchos brazos reunidos hubieran

alcanzado. ¡Así era de esperar del varón prodigioso que desde el año de 1844 sólo vivió para dedicar todas sus relevantes facultades, toda su laboriosa inteligencia al progreso moral, intelectual y material de su adorada patria! Testigos son los dos colegios de ambos sexos (primeros de la provincia), los establecimientos de beneficencia, la plaza del mercado, el agua del abasto público, la calle Muro. las plazas, los paseos y todas las calles donde en vano se da un paso, ni se fija una mirada sin que el glorioso nombre de López Botas aparezca en todas las mejoras o reformas.

¡Pero qué amargos y desgarradores son estos recuerdos! El patriota eminente, el bienhechor de Las Palmas, el autor de nuestro engrandecimiento, el que "con inspirada previsión nos legó el poderoso apoyo, el genio tutelar que tanto nos ha encumbrado", murió en tierra extraña y sus preciosos restos no pueden recibir nuestras bendiciones, ni las plegarias de nuestro corazón, ni las lágrimas de sus deudos y amigos!

¡Paz a los muertos! ¡Loor eterno al ilustre nombre de los bienhechores de la patria!

CONCLUSIÓN

La ciudad de Las Palmas de Gran Canaria ya se halla hoy a inmensa distancia de lo que fue desde su fundación hasta casi fines de este siglo. Apareció como naciente oruga que había de crecer con precaria lentitud para dormir después dilatados años convertida en inactiva crisálida. Hoy es una espléndida mariposa que llena de vida se eleva luciendo sus brillantes galas y su exhuberante energía.

Honrémosla en su rápida transformación comparando su empobrecido pasado con su ostentoso presente.

Paralelo.

Al tétrico silencio de las solitarias calles de la antigua ciudad, ha sucedido el alegre bullicio de los transeúntes que, aguijoneados por sus negocios, corren, se empujan y se disputan las aceras.

Al tardo paso de los bueyes que arrastraban las escasas cargas; el vertiginoso rodar de coches y carretas y de tranvías, movidos por el vapor, transportando pasajeros, equipajes y cargas.

A los baches y fangales de las tortuosas calles; nuevas y anchas calles perfectamente adoquinadas y con amplias y resguardadas aceras.

A la pavorosa obscuridad de las vías públicas; alumbrado completo de petróleo y en próxima realización el eléctrico.

A la mayoría de casuchos de planta baja, innumerables casas de dos y tres pisos con lujosa arquitectura.

A los estrechos límites de la población encerrada en sus ruinosas murallas; los nuevos barrios de San José, San Juan, San Roque, San Nicolás, el del Risco (antes era de cuevas) y el dilatado de los Arenales ya casi unido al reciente y populoso del Puerto de La Luz.

Al desierto de arena que se extendía desde aquel solitario puerto hasta la ciudad; espléndidos hoteles, quintas de recreo, preciosos jardines, numeroso arbolado, innumerables casas y una buena carretera concurridísima.

Al reducido número de ocho mil almas de la antigua

población; el de treinta mil a que se aproxima, si no pasa.

A la escasez de edificios públicos de administración; un lujoso palacio municipal, otro de Justicia notable por el decorado de sus extensos y numerosos salones, otro de Gobierno militar con elegante arquitectura y grandes casas destinadas a diversos ramos de administración.

Al miserable mercado Recoba; una extensa y concurrida plaza en el centro de la ciudad y otra en el Puerto de La Luz, una artística y lujosa pescadería, un higiénico matadero y abundantes tiendas de carnes y demás víveres.

A la pésima conducción del agua potable; un completo sistema de circulación general con cañerías de hierro galvanizado.

A la falta absoluta de paseos y aún de caminos vecinales; hermosos paseos, deliciosos jardines públicos y tres carreteras generales que salen de la ciudad y cruzan la isla.

A la carencia inhospitalaria de posadas; magníficos hoteles, muchas y buenas fondas y numerosos restaurantes bien provistos de café y todo género de licores.

A la negación de centros de distracciones públicas; varios casinos de recreo, sociedades filarmónicas, dos teatros, un circo de gallos y paseos amenizados con música.

A las dos únicas y pobres escuelas solo para varones; muchas y buenas escuelas públicas y privadas para ambos sexos, afamados colegios de 1.ª y 2.ª enseñanza para los mismos, academias de idiomas, de música, de dibujo y pintura y preparatorias de jurisprudencia y de carrera militar.

Al desconocimiento de todo pasto intelectual; periódicos diarios y semanales, biblioteca pública con más de cinco mil obras, una sociedad científica y literaria; otra de ciencias médicas y museo público de historia natural y de antropología.

A la mal atendida beneficencia; dos hospitales con esmerado e inteligente servicio médico y quirúrgico, otra de mendicidad y servicio gratuíto de medicina y farmacia para las familias pobres.

A la tradicional botica de las Cadenas y dos o tres médicos; seis farmacias que nada dejan que desear y acreditados médicos que ejecutan con acierto las más difíciles y arriesgadas operaciones quirúrgicas.

A la escasez de oradores forenses; un afamado Colegio de abogados compuesto de altas capacidades, cuya elocuen-

te y conmovedora palabra, atrae al foro un inmenso concurso.

A la fe pública confiada a los Escribanos del Juzgado; un inteligente y probo Notariado que responde satisfactoriamente a su importante misión.

A las casi nulas comunicaciones; correos diarios, estación telegráfica general y telefónica en la ciudad y sus barrios.

A la dificultad de cambios, depósito, circulación de caudales, etc., una sucursal del Banco de España para estas y otras operaciones.

Al cortísimo ingreso de viajeros; centenares de forasteros que nos visitan e innumerables pasajeros cuyo movimiento llegó el año pasado de 1894 a 89.382.

A las trabas y entorpecimientos de las Aduanas; amplias y completas franquicias de puertos.

Al reducido y lánguido comercio; relaciones comerciales con todo el mundo, compañías respetables, numerosas casas consignatarias y ricos comerciantes en cuyos extensos y lujosos almacenes se encierran efectos de crecidísimo valor.

A la pobre agricultura de cereales; nuevos variados cultivos de valiosos productos de exportación que se nivelan, si no exceden a la importación.

A las pocas y decaídas artes; establecimientos de fundición y fábricas de máquinas y utensilios de metales, talleres de lujosa ebanistería y de carpintería perfeccionada; arquitectos inteligentes y peritos maestros de construcciones urbanas, buena y entendida maestranza naval, hábiles artífices en oro, plata y montado de piedras preciosas, ricas relojerías y varias fábricas de diversos artefactos.

A la desnudez de elementos militares; un General Gobernador con sus respectivas dependencias, una zona de reclutamiento, un batallón regional de quinientas plazas para el servicio activo, una batería de saludos y otras de defensa en vías de aumento.

A la desorganizada administración de marina regida antes por jefes incompetentes; una Comandancia de primera clase regida por un Capitán de Navío, un segundo comandante, dos ayudantes, nombramiento de un Comisario y de un Contador de marina, cabos de mar, prácticos inteligentes y una crecida matrícula de buques y de marinería.

A la falta de representantes diplomáticos; Cónsules y Vicecónsules de casi todas las naciones.

A la penosa navegación de cabotaje en pequeños barcos de vela; tres buenos vapores correos de la matrícula de Las Palmas que recorren todas las islas.

A la incierta navegación sobre nuestras costas en las noches obscuras; faros de 1.º, 2.º y 3.º orden en dirección de todas las recaladas y fanales indicadores para la fácil entrada en el puerto.

A la carencia de expurgo sanitario en nuestros mares; un amplio y perfecto Lazareto sucio en el puerto de Gando ya completamente terminado.

Al desierto mar de nuestra extensa bahía; un magnífico Puerto de Refugio, cuyo trazado es obra modelo de nuestro paisano el sabio Ingeniero Excelentísimo señor don Juan de León y Castillo. En las dormidas aguas del dique cuajado de embarcaciones, hormiguean los remolcadores de vapor que avivan el tráfico de carga y descarga y de provisión de víveres, agua y carbón al crecido número de vapores de alto porte que entran y salen diariamente, cuyo total llegó el año pasado de 1894 a 1.842 (siendo de guerra 39) con toneladas 3.922.646. La totalidad de buques incluyendo los de vela llegó en el mismo año a 2.718 con 82.025 tripulantes. Cifras elocuentes que evidencian el inmenso beneficio que debemos a la paternal protección de nuestro eminente representante y esclarecido compatriota el Excelentísimo señor don Fernando de León y Castillo.

He aquí el asombroso cuadro diferencial de lo que fue la ciudad de Las Palmas a lo que es en la actualidad. Su verdadero progreso, su maravilloso desarrollo empezó el año de 1883 con las obras de construcción del Puerto de Refugio. Este es el verdadero manantial inagotable que ha hecho florecer y fructificar el comercio, la agricultura, las artes, la industria y las construcciones urbanas en el cortísimo período de trece años. A los que elogian estos adelantos sin reconocer su causa, podemos decirles lo que el autor de la fábula contestó a los que elogiaban el mérito de la inmensa variedad de composiciones de los huevos nuevamente introducidos: "¡gracias a quien nos trajo la gallina!".

FIN

colección arcón canario 3